

CRISTINA GONZÁLEZ ALBA

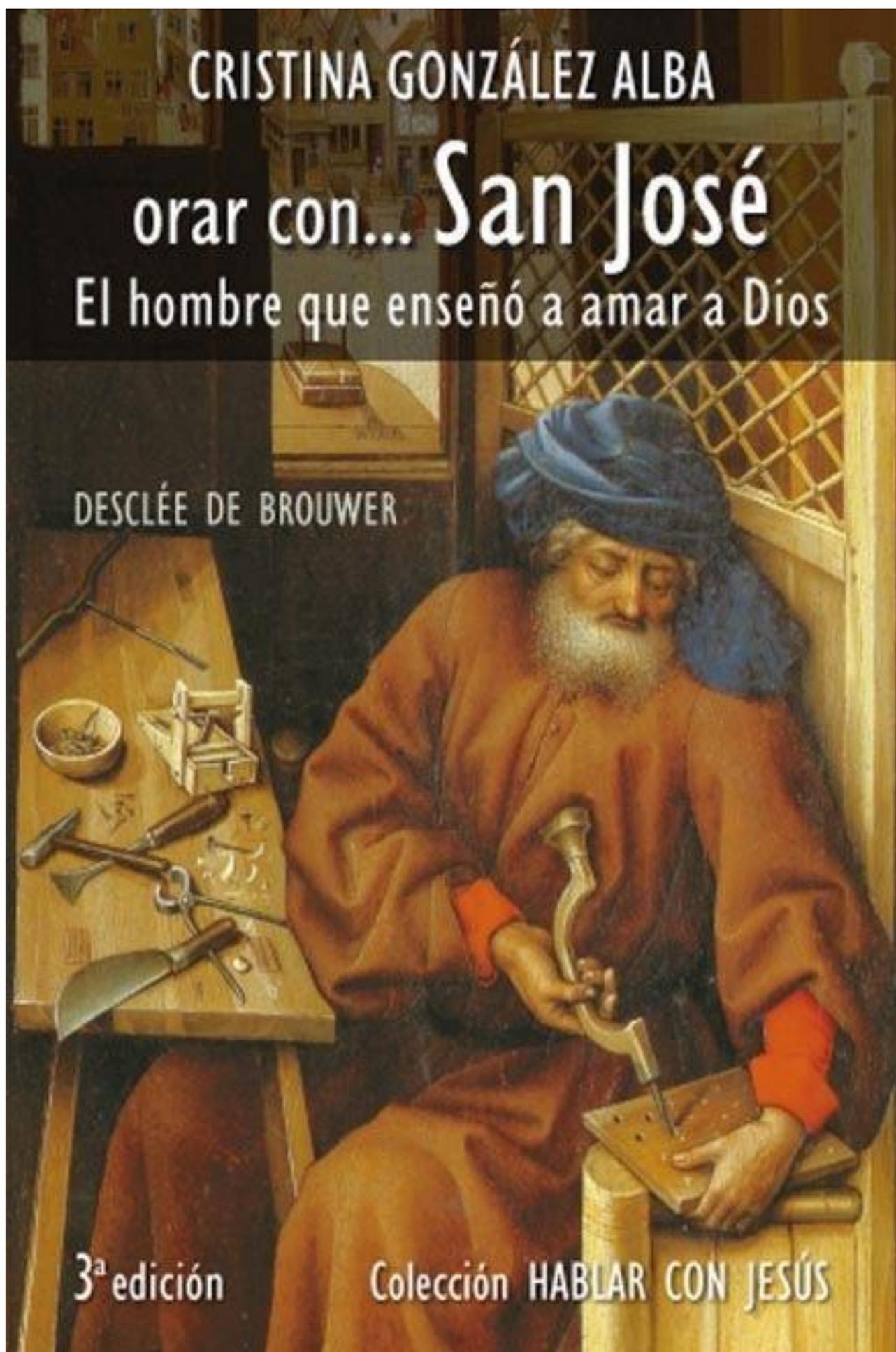
orar con... San José

El hombre que enseñó a amar a Dios

DESCLÉE DE BROUWER

3ª edición

Colección HABLAR CON JESÚS



Índice

Introducción

PRIMER DOMINGO: San José, Patrón del amor humano. Sólo amando bien seremos felices.

Primer dolor y gozo:

Lecturas recomendadas para la semana:

Sólo amando bien viviremos felices

María es la señal, José, el modelo

Primer dolor y gozo" Yo duermo, pero mi corazón vela"

María y José se eligieron libremente

El silencio de María y el dolor de José

La oración de José

La respuesta del Señor

SEGUNDO DOMINGO. San José, Patrón de vida interior. Hay silencios... y hay silencios

Segundo dolor y gozo

Lecturas recomendadas para la semana

Hay silencios... y hay silencios

El silencio, portero de la vida interior

Segundo dolor y gozo. Convertir el pesebre en coro de ángeles

... lo que Dios tiene preparado para los que se aman

TERCER DOMINGO. San José, Patrón de los seminarios. Se necesitan personas para...

Tercer dolor y gozo

Lecturas recomendadas

Se necesitan personas para...

José, primer formador de la historia

Entonces dije: Aquí estoy

La mies es mucha pero los obreros son pocos

Tercer dolor y gozo. Con José Dios sabe que puede contar

Un sueño en el corazón de Dios

El dolor de la separación

CUARTO DOMINGO. San José, Patrón de la Iglesia. Que hable el amor

Cuarto dolor y gozo

Lecturas recomendadas para la semana

Que hable el Amor

Una Iglesia perseguida

Una Iglesia una, santa, católica, apostólica... que ama

Una Iglesia misionera

Cuarto dolor y gozo. Lo visible y lo invisible

Los que "no están"

La noche en que fue entregado

La purificación de María

QUINTO DOMINGO. San José, Patrón de las familias. Sostiene y abraza

Quinto dolor y gozo

Lecturas recomendadas para la semana

Sostiene y abraza

Entre risas y llantos, y cosas que pasan deprisa

De ti nacerá un caudillo

¿No será una imprudencia este viaje?

Quinto dolor y gozo

El Ángel del Señor se le apareció en sueños...

José se levantó, tomó de noche al Niño y a su madre, y huyó a Egipto

SEXTO DOMINGO. San José, Patrón del trabajo. Elogio de la vida sencilla

Sexto dolor y gozo

Lecturas recomendadas para la semana

"Elogio de la vida sencilla"

Sexto dolor y gozo Vivir pobre para morir rico

SÉPTIMO DOMINGO. San José, Patrón de la buena muerte. Sólo amando bien moriremos en paz

Séptimo dolor y gozo

Lecturas recomendadas para la semana:

Sólo si amamos bien moriremos en paz

Sobre los dulces brazos del amado

Tómalo: tuyo es y mío no

Oración de aceptación de la muerte

Séptimo dolor y gozo "Salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada"

Perder a Jesús

Y descubrieron que estaban desnudos: el pecado

No eres frío ni caliente: la tibieza

¡Lo busqué y no lo encontré!: Sequedad

FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ.

El día del padre

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA SOBRE SAN JOSÉ.

Introducción

Permíteme contarte una anécdota que me refirió un ser querido: "Cuando era adolescente pregunté a mi padre, un hombre justo como José: papá ¿qué es lo más importante para ser buen cristiano? Sin pensarlo, me contestó; la presencia de Dios. Entonces no lo entendí. ¡Si lo más importante es la caridad, o la humildad, o la piedad, o...!

Pero cuando murió lo entendí. En su cartera, como resumen de sus anhelos de hombre justo, tenía un papel en el que ponía:

"...Y así fue cómo un hombre sencillo, trabajador, paciente, sufrido, servicial, callado, humilde, obediente e ignorado fue alabado como un hombre justo, fiel, prudente y bueno; como un hombre eficaz, que supo sacar adelante en circunstancias difíciles a la familia que Dios puso a su cuidado, protegiéndola de los peligros o librándola de ellos".

"...Y así" ¿cómo? La respuesta estaba en esa conversación de adolescencia: con presencia de Dios lo había conseguido. Se cerraba el círculo. Con presencia de Dios se es un hombre justo como José, y siendo un hombre justo, como José, se es presencia de Dios en el mundo".

"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria".

(Jn 1,14)

"Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer".

(Gal 4,4).

En el colmo del Amor de Dios por ti y por mí, Dios se manifiesta como un Niño indefenso, en el seno de una familia judía, con una genealogía concreta (Mt 1, 1-17) en un momento de la historia y en un lugar determinado.

Y ahí, en la plenitud de la Historia está José, un hombre normal, artesano emigrado desde Judea a Galilea; un hombre enamorado de una chiquilla preciosa que se llama María. Un hombre justo y trabajador que no aspiraba más que a ser feliz con la mujer amada, y que, como todo judío desde Abraham, esperaba la venida del Mesías.

Ese era el ambiente elegido por Dios como 'plenitud de los tiempos'. Ha elegido una familia humilde de un pueblo perdido en un rincón apartado del Mediterráneo.

El Amor de Dios se muestra en hacerse hombre, en crecer y en vivir aprendiendo de un hombre. Y el amor del hombre correspondiendo a Dios no puede hacerlo más que

por la presencia de Dios en el trabajo, en la relación social, en el amor familiar, en la vida y en la muerte.

Esa es la grandeza de José, que fue el hombre que Dios eligió como cabeza de la familia en la que Dios mismo creció 'en sabiduría y bondad'. José enseñó al Verbo hecho hombre, en la plenitud de los tiempos, todo lo que, como hombre, sabía. La manifestación de Dios al mundo está llena de paradojas para una visión humana. José no habla, ni se habla de él. Sin embargo su vida es toda ella una enseñanza. A los ojos humanos es una persona insignificante y es el más grande hombre de la Historia, un hombre que enseñó a amar al mismo Dios. Simplemente buscando la voluntad de Dios y poniéndola en práctica, Dios lo convierte en la envidia de los patriarcas y reyes del Antiguo Testamento (que quisieron ver a Dios y no lo vieron, oírle y no lo oyeron, y abrazarlo y besarlo, vestirlo y custodiarlo).

Esa es nuestra misión de cristianos y por eso San José es nuestro patrón. Tenemos que redimir el mundo desde nuestra familia, desde nuestro trabajo. No es necesario para salvar la Iglesia crear un partido, ni ser un gran político ni un gran empresario, ni presidente de una nación, sino amar a Dios y amar al prójimo. Cumplir con nuestro deber, poder ofrecer el trabajo a Dios porque está humanamente bien hecho (como hacía José). Amar a nuestra mujer o nuestro marido con detalles, con entrega, con sencillez, con sacrificio, como lo hizo José. Amar a nuestros hijos, hablar de ellos entre nosotros y con Dios, educarles con fortaleza y cariño. Vivir en presencia de Dios, hablar con Él, contemplarlo en la creación y en nuestros hijos, ser de la familia de Dios como lo era José.

José tenía una presencia de Dios real y cercana. Hablaba con la madre de Dios y con el Hijo de Dios con una conversación humana, como quien habla con el amor de su vida. Por eso es maestro de oración y de vida interior. Santa Teresita del Niño Jesús decía "cuando ya no puedo rezar, me dirijo a San José".

Teniendo esa conversación continua con Dios, viviendo en presencia de Dios, es cuando seremos otros Cristos, el mismo Cristo, y seremos presencia de Dios en el mundo. Y lo transformaremos, haciendo que cada día, nuestro tiempo, sea también plenitud de los tiempos porque en nosotros Dios se ha hecho carne.

José es un hombre actual, un gran santo, padre de Dios, el hombre más cercano a Jesús. Él fue protagonista de la plenitud de los tiempos y ha visto la gloria del Verbo.

Te invito a alimentarte, de la mano de Cristina, de José en la oración y el trato íntimo con Dios.

Que este libro te ayude a descubrirle y a preparar su fiesta siguiendo el año litúrgico, con la devoción de los siete domingos. Te sugerimos para cada domingo y su semana la meditación de un patronazgo de la Iglesia y de un dolor y gozo de San José. Así descubrirás la grandeza de un hombre humilde.

Xame Morell.

Directora de la Colección "Hablar con Jesús".

Oración del Papa León XIII, para cada uno de los siete domingos:

San José bendito, tú has sido el árbol elegido por Dios no para dar fruto, sino para dar sombra. Sombra protectora de María, tu esposa; sombra de Jesús, que te llamó Padre y al que te entregaste del todo. Tu vida, tejida de trabajo y de silencio, me enseña a mí a ser fiel en todas las situaciones; me enseña, sobre todo, a esperar en la oscuridad. Siete dolores y siete gozos resumen tu existencia: fueron los gozos de Cristo y María, expresión de tu donación sin límites. Que tu ejemplo de hombre justo y bueno me acompañe en todo momento para saber florecer allí donde la voluntad de Dios me ha plantado. Amén".

PRIMER DOMINGO: San José, Patrón del amor humano

Y he aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra". (Encíclica *Redemptoris Custos*, punto 17)

Primer dolor y gozo:

Su dolor:... y cuando todavía no vivían juntos concibió un hijo por obra del Espíritu Santo. José su esposo, que era un hombre justo, y no quería denunciarla públicamente decidió abandonarla en secreto.

Su gozo: "... no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo" (Mt 1,19-20).

Lecturas recomendadas para la semana:

- Encíclica *Redemptoris Custos* (Juan Pablo II).
- Cantar de los Cantares. Colección: Pequeños libros de la Sabiduría. Traducción de Fray Luís de León.

Sólo amando bien viviremos felices

"¡Levántate, amada mía, y ven, hermosa mía!"

(Cantar de los Cantares 2- 10)

En el Cantar florece un jardín delicioso, "un jardín de ensueño, un mundo aún no contaminado: el mundo del primer día recién salido de las manos de Dios".

A ese primer día recién salido de las manos de Dios es a donde tenemos que volver nuestra mirada si queremos hablar del amor. En ese día comienza todo. Ahí, con la creación del hombre y la mujer, surge el amor humano. El hombre, recién creado, ya sabe que está hecho para amar, y busca en la mujer a la persona con la que compartir su vida.

Cantar de los Cantares. Edición de Martí Ávila y Antonio Bernat Vistarini. Edición 2002, Pequeños Libros de la Sabiduría. Pág. 22.

Dios crea a Adán y a Eva a su imagen y semejanza, o sea, capaces de amar como ama Dios. El amor procede de Dios, no es un invento del hombre. Dios, al crear al hombre, lo hace partícipe de la vida divina, lo hace capaz del modo de amar divino. Y la misión del hombre está en convertir en divinas todas las realidades humanas de su vida, sobre todo el amor.

El Génesis nos habla de una armonía original existente entre todo lo creado. Se amaba bien a Dios y se amaban bien las criaturas entre sí. Hasta que un día el hombre y la mujer desobedecen a Dios y destruyen ese amor del principio, ese amor que, recién salido de las manos de Dios, era bueno y hacía al hombre feliz.

Ese mismo relato nos cuenta que desde entonces la humanidad ya no fue capaz de amar como al principio. Y por eso ya nunca pudo ser totalmente feliz. Se produce un caos, un destierro, una salida de ese Paraíso, un deterioro en el ser humano, una oscuridad...Y el hombre comienza a caminar, perdido, buscando otro lugar donde vivir.

El hombre al pecar perdió el Paraíso, con sus frutos y sus árboles y sus delicias. Ahora sólo le queda el desierto. Y el sufrimiento, y el dolor, y la confusión...

Sin embargo el hombre no pierde la fe, porque hay una promesa de salvación, hay una luz en el camino, hay una esperanza: se puede volver al principio. Para el hombre no es posible, pero para Dios sí. Podemos volver. Podemos aprender a amar de nuevo. Podemos pecar, pero podemos salir del pecado. Para Dios no hay imposibles. Y esta es la señal de que Dios todo lo puede: María

María, la esposa de José, es la criatura concebida sin pecado original, la mujer a la que Dios preservó de las consecuencias del pecado del hombre, la mujer a la que

Dios hizo salir del tiempo y del espacio para mostrarnos en el cielo una luz, una señal de salvación.

María sabe amar como el ser humano era capaz de amar antes de su caída. Y así ama a Dios, a su familia, a su Hijo, a su entorno y a su esposo, José.

Es por María que José hace su aparición en la historia de la humanidad. Pero José no es la sombra de María, ni está únicamente para cuidar a María, ni es sólo en relación a María. La figura de José no es secundaria. Es esencial. Él también es una señal para nosotros. José es un ser humano normal, con pecado original, que tiene nuestras mismas debilidades y limitaciones, pero que ha decidido, por su propia voluntad, y antes de conocer su misión, aprender con María a amar a lo divino, a amar como al principio. Y comienza a recorrer junto a ella un camino. Por eso nuestro modelo es José. Y, nuestro foco de atención, María.

O caminamos al lado de María, como hizo José, o no aprenderemos a amar nunca.

José lo hizo, y por eso puede enseñarnos lo que es el amor, lo que es amar con justicia. Él sabe dar a Dios lo que es de Dios, a María lo que es de María, a su Hijo lo que es de su Hijo, y al César lo que es del César. Hay un orden y una armonía en su modo de amar. Y no es una estructura rígida. Es un corazón enamorado y una inteligencia clara.

Hoy día hay una tendencia a considerar que la razón y los afectos no tienen nada que ver entre sí. No nos resulta atractiva esa mezcla. La palabra orden nos molesta cuando hablamos de amor. Parece que queremos encajonar al corazón, atar los sentimientos, violentarlos, evitar su expresión. Y nos produce un rechazo. Pero no es así. El orden no consiste en forzar ni encasillar sino en dirigir los afectos hacia su fin último, que es lo propio de los seres inteligentes.

Es por eso que precisamente el orden en el amor es lo que nos hace felices y libres. Quizás una persona joven, rebelde por naturaleza, que está descubriendo el amor, puede rechazar este concepto de la vida, de los límites. Pero debemos esforzarnos por entender que, si el ser humano está hecho para amar, sólo amando bien viviremos felices.

María es la señal, José, el modelo

En el Paraíso hay un orden, que no es una rutina aburrida, ni un conjunto de prohibiciones, sino un montón de frutos deliciosos para tomar y disfrutar, cada uno en su momento, porque si no, sientan mal.

La Biblia es sabia cuando utiliza la imagen material del comer para explicarnos las realidades del alma. Porque así como no puede ser feliz el hombre que come cualquier cosa, y a cualquier hora, y en cualquier condición, y sin pensar lo que se mete en la boca, e incluso puede acabar muriendo, el alma tampoco vive en paz si "come todo lo que le apetece", y también puede acabar muriendo.

Eso ocurre en el relato de Adán y Eva, y eso ocurre en nuestra vida. Dios crea a Adán y Eva en armonía con todo lo creado. A nosotros nos crea también con vocación de armonía. Pero nosotros repetimos la historia y también comemos de árboles dañinos. Y del deterioro que sufrimos como consecuencia del pecado es muy difícil salir. Dios perdona todo, pero el daño que nos produce el pecado nos perjudica mucho. Aunque Dios nos perdone, ya no es como antes. Ahora cuesta remontar, aprender a amar de nuevo, porque el pecado siempre nos deteriora, aunque no seamos conscientes de sus consecuencias a la hora de cometerlo.

Pero volviendo al Paraíso, lo que aquí nos interesa es que, dentro de ese orden de la creación, lo que se rompe en su origen es precisamente el orden que afecta a la relación entre el hombre y la mujer. Es una desobediencia a Dios, sí, pero realizada entre dos, que surge de un diálogo entre dos, de dos personas que se ponen de acuerdo para romper su armonía, de dos personas que, aunque sientan que no están pecando, han quedado sin luz, avergonzados, y confusos.

Y esa es la relación que, con su modo de amar, vienen a reconstruir María y José.

Ellos están llamados por Dios a recomponer el amor del principio. Ellos, como hombre y mujer, participan de la redención del ser humano, no solo siendo los padres del Salvador, sino viviendo como Dios tenía pensado para el ser humano desde el principio de los tiempos.

Ellos son modelo de amor y de entrega. Ellos nos enseñan que se puede volver al principio. Pero que necesitamos de la ayuda de Dios, de la gracia divina. De ese aliento divino que Dios, soplando sobre Adán, transmite al hombre el día de su creación. Esa gracia que Adán desperdició pecando. La misma gracia que Dios nos regala a nosotros el día en que nacemos al amor a través del sacramento del matrimonio, y que somos responsables de custodiar.

María y José, por el don de Dios, se aman como Dios quiere que ellos se amen. Y su amor va más allá del amor físico. No lo anula, lo trasciende. Lo lleva a su plenitud. Ellos son modelo e ideal de amor humano, ellos son la señal para cualquier matrimonio común. Porque lo que nos muestran no es que todos estamos llamados a vivir nuestro amor en la continencia, como ellos, sino que todos estamos llamados a ordenar nuestros afectos a nuestra vocación particular, al camino al que Dios nos

señala en nuestra vida, para que seamos felices. Ellos nos dicen que, si amamos en Dios, vamos a ser dichosos, como lo fueron ellos. Sea lo que sea aquello que Dios nos pida. A ellos la continencia, a nosotros... ¡cada cual sabrá! Lo importante es amar en Dios.

Ellos no nos enseñan que la sexualidad no debe existir en el matrimonio. Ellos nos muestran que, a cada uno y en cada momento de la vida, Dios nos llama a expresar nuestra afectividad de diferentes maneras. Ellos no son tanto un modelo de matrimonio como un modelo de amor, que abarca más. Ellos son un modelo de relación, de comunión de vida. Están llamados al amor, no a la soledad. No son dos solitarios que comparten un espacio y cuidan de Jesús. Ellos viven en comunión, y eso es lo que los hace semejantes a Dios.

"El hombre se convierte en imagen y semejanza de Dios, no sólo a través de la propia humanidad, sino a través de la comunión de las personas que el varón y la mujer forman desde el principio. Se convierte en imagen de Dios, no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión".

(Catequesis 14-XI-1979, Juan Pablo II)

José nos enseña un camino de comunión de vida con su esposa, basado en el respeto y admiración por el amor hermoso, en la fidelidad a la palabra dada, en la ayuda mutua, en la obediencia a Dios. Basado en un caminar juntos por la vida compartiendo los mismos anhelos e ideales. José, que tiene la humildad de dejarse llevar por el amor de María, tiene también la firmeza de sostenerlo. Porque María es toda pura, pero no lo es sólo por su propio mérito. Lo es porque Jesús la redime con su muerte en la Cruz, y José la sostiene con su cuidado y delicadeza. Porque ningún ser humano, ni siquiera María, puede nada solo.

Ella necesitó de José.

Y nosotros también lo necesitamos.

Primer dolor y gozo" Yo duermo, pero mi corazón vela"

(Cantar 5,2)

María y José se eligieron libremente

Dios, desde toda la eternidad, pensó en María, para que fuera su madre, y en José para que fuera su padre en la tierra. Sin embargo, respetuoso de la libertad que Él

mismo da al hombre, no violentó el curso de las cosas, y esperó a que ellos mismos se conocieran, se enamoraran, y se comprometieran.

Dios respeta los tiempos y los estilos de vida de los hombres. Por eso dejó que las cosas se fueran dando con la normalidad de la vida cotidiana de ese lugar y época.

En ese momento lo normal era que el padre de la novia o su representante se ocupara de concretar el matrimonio de los jóvenes. A la doncella en cuestión se le proponía un candidato, y, habitualmente ella aceptaba, aunque era posible que la joven se opusiera y expresara su deseo de no contraer matrimonio con la persona elegida para ella.

Era costumbre que se desposaran personas del mismo linaje, siempre que no fuera en grado prohibido, y que pertenecieran a una clase social similar. El criterio básico a la hora de la elección del cónyuge no era muy lejano a lo que hoy llamamos la búsqueda de una unión espiritual, de una comunión de vida, de unos intereses y valores comunes. Se trataba, como ahora, de conseguir una afinidad de caracteres y de estilo de vida, de generar una relación satisfactoria.

Probablemente José, en ese tiempo, andaba buscando ya a la mujer para él, a la mujer adecuada. Y esa mujer que buscaba era María: la única mujer capaz de satisfacer su corazón, lleno de amor y de Dios.

Y a María, en aquel momento, su padre o tutor estaría buscándole un candidato afín para ella. No sabemos si María rechazó a más de un posible esposo antes de conocer a José, o si éste fue el primer hombre en su vida. No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que, a José, lo aceptó.

De José se enamoró. Encontró en él al hombre que la podía comprender, al amigo con el cual podía compartir su intimidad. Y la intimidad de María era de una riqueza extraordinaria. Ella era una mujer que pensaba y sentía con una claridad desconocida para el resto de la humanidad, oscurecida por el pecado. Una persona que amaba como ningún ser humano puede amar. Una joven que percibía que Dios la llamaba a una entrega plena y especial.

Y de esa mujer se enamoró José.

Sin saber que iba a ser la madre de Dios.

Ella, por esa unión tan íntima que vivía con Dios, sabía con certeza que el Padre le pedía una entrega total, indivisa, una entrega que, a los ojos de los hombres, pasaría desapercibida, una entrega que ella guardaría como un secreto en su corazón. Una vocación a la cual ella dirigiría su vida, a veces a oscuras, y dejándose llevar. Y, por

eso, espera con paciencia la llegada del hombre con el que compartir este secreto tan profundo entre Dios y ella.

Un hombre que sepa renunciar a ella por amor a ella.

Un hombre que entendiera de amores humanos.

Nosotros vivimos en el tiempo. Dios, en la eternidad. Por eso a veces no entendemos los tiempos de Dios. ¿Por qué Dios esperó a María y a José y no intervino de un modo extraordinario?

No lo sabemos. También a nosotros Dios nos espera. También nosotros decidimos libremente nuestro camino y la persona con la cual nos queremos comprometer. Pero, una vez decididos, Dios entra en nuestra vida a mostrarnos su plan.

Y así hizo con ellos.

Si María y José se enamoraron es porque tenían anhelos comunes, porque guardaban en su interior ideales afines. Porque eran felices juntos. Porque tenían en su corazón un tesoro de amor a Dios que no podían compartir con cualquiera. Y por eso se eligieron.

¡Qué soledad sentirían María y José hasta encontrar a la persona con la que compartir su intimidad!

Pero se conocen, y encuentran el uno en el otro al amigo fiel, al único ser humano capaz de comprender su vocación y su entrega, a la persona en la que refugiarse.

María es la mujer adecuada a José. José, el hombre adecuado a María. Ambos barruntaban en su vida una entrega total a Dios. Descubrirse los va a llenar de gozo, porque son el uno para el otro, carne de su carne, hueso de sus huesos, la ayuda adecuada que Dios les ofrece para que no estén solos.

María y José se comprometen y deciden unirse para toda la vida, pero conservando su virginidad, que ya han entregado a Dios. No es una entrega con reservas. Es una entrega total. Es el amor humano en toda su plenitud, porque entregan todo lo que son.

Entregan sus entregas. Comparten sus anhelos. Se aman tal y como son y tal y como Dios quiere que sean. Ya se aman y se cuidan en el Señor antes de saber de qué modo Él iba a entrar en sus vidas.

Hechos el uno para el otro, el amor de María y de José es un amor perfecto. No es un amor incompleto, no es un matrimonio a medias, no es un amor al que le falte nada.

Es un amor cuya expresión carnal han decidido entregar a Dios. Pero no es un amor que no se exprese. Ellos, en su delicadeza y finura de alma, son capaces de expresarse su amor de mil maneras.

Ellos son la pareja que aparece en el umbral de la plenitud de los tiempos, para restaurar la caída de nuestros primeros padres.

María es la nueva Eva. Y también ofrece su fruto a José. Pero no es el fruto del árbol prohibido. María invita a José a un amor más sublime, a un fruto más delicioso, al fruto de ese otro árbol que también estaba plantado en el Paraíso: al fruto del árbol de la Vida. Y José cae en la tentación. Y, sin saberlo, abre las puertas a la salvación de los hombres.

El silencio de María y el dolor de José

Estaban comprometidos, desposados, ya eran marido y mujer, pero no convivían. Faltaba la segunda parte del matrimonio, las Bodas, que se realizaría a los pocos meses, con la entrada de la novia en la casa del novio, acompañada por las doncellas del pueblo, con las lámparas encendidas.

Durante esos meses María prepararía su ajuar, como cualquier joven de su tiempo antes de su boda, y esperaría, con ilusión, el momento de la Boda.

Los novios podían verse durante ese tiempo, y es probable que José visitara a María cada tarde, después del trabajo, y que ella lo esperara, y saliera a su encuentro.

Es posible que, hasta que se celebraran las bodas, María tuviera que estar velada ante José. Pero no importa. En el corazón de María no existen los velos. Ella es, más que sincera, transparente. Y José la conoce bien.

¡Cómo serían sus conversaciones! De la abundancia del corazón habla la lengua. Saben todo el uno del otro. Y, lo que no saben, lo perciben.

Ya desean vivir juntos, refugiarse en su hogar de Nazaret, poder entregarse a Dios y descansar su corazón compartiendo su vida, y su trabajo diario, y su oración, y sus afanes, y sus anhelos de Dios. Ese compartir todas las cosas, que, sin que nos lleve a perder nuestra individualidad, es más, potenciando la de cada uno y enriqueciendo con ella al otro, es el fundamento de todo amor matrimonial.

José debe estar ilusionado, preparando ese momento, quizás construyendo su casa y los pocos muebles que necesitarán para vivir, tal vez trabajando horas extras para pagar los gastos de la celebración y del nuevo hogar.

Ellos son, para sus vecinos, una pareja más, unos desposados que andan preparando sus Bodas. Y en el pueblo se comentará: "¡María y José se casan!". Como harían con cualquier pareja de novios. No hay nada extraordinario en ese compromiso. Aunque quizás alguno, si los mira con atención, se da cuenta de cómo se aman, por el brillo en sus miradas.

Y eso es todo.

Nada fuera de lo común acontece a su alrededor.

Son una pareja más...

Sin embargo, es por esos días cuando se produce el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad. En medio de los preparativos de una boda, de la vida cotidiana de Nazaret, de lo simple de cada día, un ángel anuncia a María que va a ser la madre de Jesús, el Hijo de Dios.

"El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra", le dice el ángel. Pero de José... ¿no le dice nada! Ni lo nombra. Como si no existiera. Como si María no estuviera desposada con él. Parece como que sobra, como que el asunto le es ajeno. "El Espíritu Santo descenderá sobre ti". El mensaje del ángel habla del Espíritu Santo y María, como únicos protagonistas del milagro.

Y por eso María calla, y no le cuenta.

¡Se trata de la venida del Mesías, del Hijo de Dios, de la Redención de la humanidad! Dios hace partícipe a María de sus planes y ella, por primera vez, oculta a José su intimidad.

De pronto, otra vez la soledad.

María está ensimismada, guarda un secreto, y José lo nota. Es como que ella se le escapa de las manos, como que ya no es como antes, como que ella tiene su corazón en otro lugar, como que la puede llegar a perder.

José percibe a María serena, en paz, acompañada de Dios. Él sabe que ella no lo engaña, pero siente un vacío, siente que si Dios quiere a María únicamente para Él, él la va a tener que entregar. Y eso le duele.

¡Otra situación de la vida de José que es modelo para nosotros! Porque José no enseña hablando, enseña con su vida y con sus gestos. Y, con este sentimiento de dolor tan profundo al ver que Dios le pide que le entregue a María, nos muestra la fortaleza y la generosidad de un corazón que sabe entregarlo todo, que no se aferra a

sus planes, que no solo se entrega a sí mismo sino que sabe dar a Dios lo que más ama en este mundo: a su novia, a su mujer.

José no pierde la paz, pero no comprende.

Ese embarazo misterioso, que ya se nota...

El silencio y la serenidad de María...

José no se rebela. Alaba a Dios, con la paciencia de Job: "Dios me la dio, Dios me la quitó, bendito sea el nombre del Señor".

Y sufre, como sólo saben sufrir las personas que aman.

La oración de José

A veces no entendemos bien las dudas de José. Él no sospechaba de la pureza de María, pero sufría viéndose alejado espiritualmente de ella. No entendía. No sabía que hacer. ¿Tendrá que renunciar a María, a la que tanto ama? Ese es su primer dolor. Parece una broma del destino. Si Dios tenía esos planes para ella: ¿por qué permitió que entrara en su vida? ¿Por qué la puso en su camino? ¿Por qué Dios se la da y ahora se la pide?...

Ella, serena, sentía crecer a Jesús en su seno. Y él, indeciso, solo, meditaba buscando la solución más justa. José oraba día y noche. Él es maestro de oración. De esa oración constante y serena, casi "involuntaria", como el latir del corazón. "Yo duermo, pero mi corazón vela". Él está alerta, vigilante, a la espera de una señal, de una palabra de María, de una explicación o de un gesto que le aclare el camino.

Y lleva el asunto a su oración personal. "Señor, si ese embarazo es obra tuya... ¿cuál es mi papel? ¿Qué debo hacer? ¿No estaré entorpeciendo tus planes? ¿De verdad me pides que renuncie a María?...". La respuesta tarda en llegar, y el dolor se hace largo, pero José no se impacienta...

Él es un hombre justo y está más pendiente de María que de su dolor.

Por eso decide abandonarla en secreto, para no ponerla en evidencia, porque la ama...

¿Cómo le cuesta a José desprenderse de María! Sufre en silencio. Calla... Espera... Reza... Es muy duro lo que Dios le pide. Es muy difícil renunciar a quien uno ama como a su propia carne.

José confía y no deja de pedir ayuda a Dios. No sólo para ver claro sino para actuar como Dios quiere. Él no se rebela. Es paciente. Sabe que Dios tiene sus momentos, y que esos momentos no son siempre los nuestros. Sabe que Dios tiene sus planes y que

a veces nosotros no los logramos entender. Y, sobre todo, sabe que Dios es justo, que estamos en sus manos y que todo es para bien. Que las aguas pasarán... Que en el amor humano puede haber problemas, contradicciones o tristezas, pero que, si hay confianza y abandono en las manos de Dios, las aguas siempre pasan.

Parece que está solo, pero no es así.

Dios está pendiente de él, aunque tarde en manifestarse.

Por algo será... Dios sabrá por qué... Debe ser bueno para él ese dolor... ...Y mientras tanto parece que el invierno no termina nunca.

La respuesta del Señor

Y Dios, finalmente, responde: recibe a María en tu casa...

La respuesta llega en el momento menos pensado y de la manera menos prevista. Pero José la sabe recibir, porque tiene el corazón abierto. Cuántas veces nosotros andamos preocupados por algo, rezamos, Dios nos responde, pero nosotros no somos capaces de escuchar su respuesta.

Es que a veces estamos muy pendientes de que Dios nos conteste como nosotros queremos, de la manera que a nosotros nos gusta o del modo que nosotros esperamos. Y eso es casi querer ser Dios.

Y cuando Dios no actúa a nuestra manera nos cerramos y decimos ¡Dios me abandonó! No abrimos el corazón, porque no somos capaces de vivir como José, durmiendo, en paz, confiados, y dejando que nuestro corazón vele tranquilo.

José recibe la respuesta de Dios y no necesita más. No hace preguntas. No busca otra "salida" mejor.

Él siempre está dispuesto.

Se despierta de su sueño y busca a María, y la lleva a su casa. Como Adán, recibe a su mujer al despertar de un sueño.

Recibe lo que más quiere en su vida porque lo supo entregar. Porque "durmió" tranquilo y se puso en las manos de Dios. Porque sabía que Dios no los iba a abandonar. Y comprobó que, cuando por amor a Dios, somos capaces de renunciar a lo que más queremos, Dios nos devuelve con creces esa entrega, pero a su manera, como hizo con Abraham, como hace ahora con José.

José sabe velar y escuchar. La espera dio su fruto. La paciencia, como dice Santa Teresa de Ávila, todo lo alcanza. Ya tiene a María en su casa. Ya están en su hogar de Nazaret. Ya son una familia: La Sagrada Familia.

Ya pueden esperar, alegres, el nacimiento de su Hijo. "Porque ya pasó el invierno, cesaron y se fueron las lluvias, aparecieron las flores sobre la tierra y llegó el tiempo de las canciones" (Cantar de los Cantares)

¡El tiempo de los villancicos!

SEGUNDO DOMINGO. San José, Patrón de vida interior

Ver a Dios en la criatura, ver a Dios hecho mortal ver en humano portal la celestial hermosura.

¡Gran merced y gran ventura a quien verlo mereció!

¡Quién lo viera, y fuera yo!"

(Laudes, Solemnidad de la Epifanía)

Segundo dolor y gozo

Su dolor: ...Y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue.

Su gozo: ...Y apareció de pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: "Gloría a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor" (Lc 2,7. 13-14).

Lecturas recomendadas para la semana

- Encíclica Deus Caritas est (Benedicto XVI).
- Camino de perfección (Santa Teresa de Jesús).

Hay silencios... y hay silencios

Ver en humano portal la celestial hermosura.

José es el santo del silencio. Pero eso no significa que no nos diga nada. Hay silencios...y hay silencios. Está el silencio del que no tiene nada que decir y el silencio del que tiene tanto que decir que no le alcanzan las palabras para expresar la grandeza de su vida interior. Y ese es el silencio de José.

Es el mismo silencio que evoca San Pablo cuando, al volver de aquel éxtasis en el que Dios le mostró el Paraíso, nos dice que no hay palabras humanas para expresar lo que vio, que ni ojo vio ni oído oyó lo que Dios tiene preparado para los que lo aman.

Pues lo que pudo contemplar José también va más allá de lo que podemos llegar a expresar con nuestro lenguaje común. José es protagonista y espectador del milagro. Él ve nacer a Dios. Como cantan las laudes del día de la Epifanía, José, en el Pesebre, pudo ver llorar a la alegría, ver tan pobre a la riqueza, ver tan baja a la grandeza y ver que Dios lo quería.

Espectador de un misterio que no entiende. Un Dios que es su hijito. María, que lo da a luz, y se lo entrega; él, que lo mira, lo besa y lo devuelve a María. Y los dos, en silencio, que lo contemplan, como si se hubieran parado los relojes.

Y sólo rompe la paz de esa noche la llegada de unos pastores que aparecen, de pronto, pidiendo ver y adorar al Niño. Y, hablando todos a la vez, aturdidos todavía, cuentan como un ángel les ha dicho que había nacido el Mesías. Y en medio de esa visita, de repente, un coro de ángeles que cantan dando gloria a Dios.

Es demasiado para una sola noche. José, en silencio, contempla un misterio que trasciende lo visible, que roza la locura. Contempla y calla. Acepta. Agradece. Se queda, no se asusta. No dice no puedo, es mucho para mí.

Su mirar es un mirar profundo, un mirar que capta. Eso es contemplación, eso es vida interior, eso es vida de oración. El Pesebre, la contemplación de María y Jesús es suficiente para hacer la oración, para que Dios llene el corazón de José, y el nuestro, de amor a Él, de anhelos de su compañía, de deseos de eternidad, de buenos propósitos.

En ese momento José reza. No se va a buscar un libro para recitar unos salmos. El Pesebre es un libro abierto para que nuestro corazón cante y contemple las maravillas del Señor.

La figura de José en el pesebre habla por sí misma. Quieto, de pie, inmóvil, lleno de amor... Parece que no hace nada...

Sin embargo, José, patrón de la vida contemplativa, aunque no se mueve de al lado de su esposa y de su hijo, "no para". Su corazón está en continuo movimiento, arde de amor, de agradecimiento, de asombro. Y contempla. Contempla la alegría de María, el sueño del Niño, la visita de los Pastores, el canto de los ángeles. Y guarda todas esas cosas en su corazón, como María.

José abre las puertas de su casa a todo el que viene a mirar al Niño. Al que lo quiere tocar, al que lo quiere abrazar, al que se arrodilla ante él. Él atiende, sonrío, no se siente molesto, entrega al Niño para que lo besen. Sabe que ese Niño pertenece al mundo. A nosotros.

Por eso, José, nada más verlo nacer, ya entrega al Niño. Ese Dios que, hasta hace un momento, era solo de él y de María, ahora es de todos. Ellos, generosos, lo han entregado al mundo. A cualquiera que se quiera acercar, ángel, pastor o rey, niño o anciano. Todos lo quieren tocar. Porque el Pesebre atrae. Es un cielo plantado en la tierra

El Niño atrae. Todos se acercan, y lo tocan. Y José lo permite. Sin dejarlo de cuidar, José lo entrega.

Ese Jesús escondido que llevaba María en su seno quiere aparecer al mundo, quiere ser de la humanidad. Y ellos abren las puertas de su casa para que todos lo vean. Ya lo han perdido. Lo han entregado. Y lo han ganado. Era bonito llevar a Jesús escondido. A salvo. Pero Dios quiere llegar a todos, se arriesga a salir al mundo...

De la vida interior siempre brota, de modo natural, el apostolado.

A nosotros también nos pasa. Es maravillosa la intimidad con Dios, la vida sobrenatural. ¡Pero no olvidemos que Jesús quiere llegar a todos! Y debemos entregarlo a todos. Como José: sin dejar de cuidarlo, entregarlo.

María lo entrega a José. José nos abre la puerta de su casa y nos lo entrega a nosotros, y nos mira mientras sostenemos a Jesús, y nos enseña a tratarlo bien. Nos invita a entrar y a contemplar. No puede explicarnos nada. Él tampoco entiende. Nos dice lo único que él sabe: que en ese Pesebre está toda su vida. Que cuidando a ese niño cuida a Dios. Que amando a su familia se hace santo. Mira en silencio. Él es maestro de vida interior. A su lado, es fácil aprender: callamos y contemplamos, nos unimos a sus pensamientos, a su mirar profundo.

Jesús en el seno de María estaba a salvo. Ahora está indefenso, pero José lo va a cuidar.

Es muy pequeñito ese Jesús que acaba de nacer en nosotros. Hay que cuidarlo, hasta que crezca. Nosotros, como María, también necesitamos el apoyo de un hombre fuerte, y justo, y delicado, y generoso, y santo.

Para que nos libre de todos los peligros. Para que nos enseñe a cuidar, y a alimentar, y a hacer crecer nuestra vida interior. Y, así, poder compartirla después, con generosidad, con los demás.

Porque "quien no da a Dios da demasiado poco" (Benedicto XVI, Homilía para la Cuaresma año 2006).

El silencio, portero de la vida interior

A nosotros nos cuesta dar a Dios. Nos enredamos en palabras y explicaciones. Y no atraemos. En cambio José atrae en silencio. Atrae con su vida interior. Su vida espiritual es tan intensa que desborda hacia fuera sin necesidad de palabras. Sus gestos son de una gran profundidad y sus decisiones las propias de una persona que vive cara a Dios y cara a los hombres.

José irradia amor y paz a su alrededor.

Si preguntamos a las personas que lo tratan habitualmente nos van a decir que se sienten bien con él, pero que no saben muy bien por qué. Es un buen amigo, un vecino querido y respetado, un buen trabajador, una persona amable, sí, pero eso también lo es mucha gente...hay algo más. Ese algo más que ellos no saben describir es la riqueza de su vida interior, su santidad.

Ese algo más es su oración, su amor a Dios, su generosidad, el latido de su corazón al compás del de María. Ese algo más es el olvido de sí mismo y su entrega fiel. Ese algo más es lo que va por dentro

José ama la virtud que se vive con sencillez. Aquella que surge naturalmente de un corazón enamorado. Esa virtud "que no cuesta" porque ya hemos acostumbrado a ella, con esfuerzo, nuestro corazón.

Así es José. Le sale espontáneamente la virtud porque ha sabido dominar su corazón. Su expresión mansa y humilde no es impostada, como puede aparecer en muchas pinturas de él, sino que brota de un corazón "trabajado" en el amor de Dios. Por eso Jesús, que es perfecto hombre, puede tomarlo como modelo humano.

José es el maestro de vida de Jesús. Y no me imagino a José dando muchas lecciones sino transmitiéndole, con su vida, con su trato delicado, con sus gestos, con su trabajo bien hecho, la riqueza de su interior. Y Jesús recibe con humildad esa enseñanza, y se termina pareciendo a José en su "ser hombre". José fue su modelo de virtud. Y si ser cristiano significa seguir e imitar a Jesús, al imitar a Jesús en sus virtudes humanas, de alguna manera estamos imitando también a José. Sin darnos cuenta.

Hasta para eso José busca pasar desapercibido.

Su vida interior no se nota a simple vista, pero por donde pasa "deja huella", arrasa.

Y siempre en silencio, y siempre callado, y, sin embargo, ni raro, ni tímido, ni llamativo por lo parco en el hablar. Parece que los evangelistas, con este mantenerlo callado, nos quieren llevar más que al silencio exterior al silencio interior de José. A una persona que no desparrama sus sentidos, que está en lo que debe estar, que no se ocupa de las cosas que no deben ser de su interés y que no "se distrae" con aquello que le aparta de Dios.

José nos enseña a estar atentos. Nos recuerda que tenemos una vida interior, un alma necesitada de Dios, un anhelo profundo que nos lleva querer descubrir los misterios del Cielo.

Nos pide que nos dejemos encontrar y amar por Dios, que no nos escondamos, que no tengamos miedo, que no nos distraigamos con cosas que no nos llenan. Que basta vivir cerca de María y de Jesús. Que nos sobran muchas cosas y nos falta el Niño. Y que él nos lo puede entregar, si se lo pedimos.

José, desde su silencio, nos habla al corazón, entra en nuestra oración, se pone disponible... y nosotros le preguntamos muchas cosas, porque hemos descubierto que es agradable acercarse a hablar con él, porque... no sabemos bien por qué... pero su amistad nos atrae.

Segundo dolor y gozo Convertir el pesebre en coro de ángeles

"Si Dios ha dado a José como esposo a la Virgen, se lo ha dado no sólo como compañero de vida, testigo de la virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que participase, por medio del pacto conyugal, en la excelsa grandeza de ella".
(Encíclica Redemptoris Custos, punto 20)

Compartir grandezas

En eso consiste el matrimonio: en que cada uno de nosotros participe de la grandeza del otro. Es algo más profundo que un caminar juntos por la vida, algo más importante que una mutua compañía: es salir de uno para adentrarse en el otro sin miedo. Y eso fue lo que hizo José.

José comparte todo con María, pero no de un modo superficial. Él se acerca a ella y comparte toda su grandeza, comparte con ella lo más profundo y esencial de su vida: a Jesús. Y no lo hace en apariencia, como un simple cuidador, lo hace como un marido. Si ella es totalmente madre, él es totalmente padre. Si Jesús es de María también lo es de José.

José no es sólo testigo de la vida de María y Jesús. Es también protagonista. No está solo para cuando lo necesitan. Está siempre. Para las alegrías y para las tristezas. Para lo fácil y para lo difícil. Para el dolor y para el gozo. Forma parte esencial de sus vidas.

Como explica de un modo muy sencillo San Francisco de Sales: "Acostumbro decir que, si una paloma llevase en su pico un dátil y lo dejara caer en un jardín, ¿no se diría, acaso, que la palmera que de él provendría pertenece al dueño del jardín? Pues si esto es así, ¿quien podrá dudar que el Espíritu Santo, habiendo dejado caer este divino dátil, como divina paloma, en el jardín cerrado de la Santísima Virgen, el cual pertenecía a San José, como la mujer esposa pertenece al esposo, quien dudará, digo, que se puede afirmar con toda verdad que esa divina palmera -Jesús- que produce frutos de inmortalidad pertenece por entero a San José?" (San Francisco de Sales: Obras completas, t. 3, p. 541, Ed. Vives).

Por eso José sufre en silencio cuando ve a su Hijo nacer en un pesebre, cuando ve a su mujer desamparada y sin un albergue cómodo para dar a luz.

Pero él sabe que en el matrimonio se comparte todo: alegrías y tristezas. Y en ese compartir está la fortaleza de la unión conyugal, si esos dolores y esos gozos se viven en el Señor.

José se compromete. Habiendo modos más fáciles de vivir el matrimonio, él elige el compromiso. Hubiera sido más sencillo hacer como hizo Adán, que compartió con Eva solamente el fruto agradable a la vista, dejándose llevar por la tentación y desobedeciendo a Dios: "Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió. Luego se lo dio a su marido, que estaba con ella, y él también comió" (Génesis 3,6).

Pero el compromiso de María y José es mucho más profundo.

¡Cómo nos engaña el diablo! ¡Cuántas cosas hay agradables a la vista en nuestro matrimonio pero que nos hacen mal y nos envenenan! En cambio: ¡Cuántas otras cosas, si profundizamos un poco, si queremos cuidar nuestra vida interior, son menos vistosas pero más gratificantes!

Adán y Eva no se animaron a adentrarse en el Jardín del Edén. Se quedaron afuera. Perdieron por el pecado su vida espiritual y no tenían grandezas para compartir. Se quedaron en la superficie, en la entrada, en lo aparentemente bello. Se quedaron a la sombra del primer árbol que vieron. Desconfiaron de Dios. Se dejaron enredar por la serpiente: ¿Qué nos está escondiendo? ¡También nosotros queremos saber qué pasa!

¿Qué nos oculta Dios? ¿No entendemos! ¿Este plan no nos termina de cuadrar! ¿Nacer en un pesebre? ¿Morir en una cruz? ¿Nosotros, qué queremos ser como dioses? ¿Qué es lo que hay detrás de todo esto?

Sospecharon de Dios en vez de confiar en Él. Y la sospecha ciega. Ya no veían otra cosa que ese árbol. Ya no les interesaba ningún otro árbol del jardín, mas que el prohibido. Querían la felicidad rápida y fácil, que se infla como un globo para desaparecer después. Ni siquiera probaron de los otros árboles, de esos frutos deliciosos que Dios había preparado para ellos, y que los hubieran saciado de felicidad.

Estaban ciegos y ya nada los pudo parar. Eva come y le ofrece a Adán. Y Adán también come. Y quedan sujetos a la muerte. A la muerte de su armonía, de su paz, de la comunicación entre ellos mismos y entre ellos y Dios. Un pecado trajo al otro, y se hicieron cómplices y vivían escondidos. Avergonzados. Y ese pecado dio su fruto: el mal entró en el mundo y nacieron Caín y Abel, el trigo y la cizaña. Ahí la humanidad quedó dividida por el pecado, se desparramó por el mundo la envidia, la muerte, la enfermedad, el desasosiego, las guerras, el odio, el divorcio...

María y José no actuaron así. Hay un paralelismo impresionante entre estas dos parejas. También ellos son creados por Dios para ser felices. También a ellos los pone Dios en un jardín, en el jardín de la vida, lleno de árboles y frutos. Y también en ellos prueba Dios la confianza en Él.

También a ellos Dios les habla. Pero tampoco Dios les explica todo. También Dios les propone un plan. Pero tampoco a ellos les termina de cuadrar. También Dios los deja libres y tampoco para ellos fue fácil. También para ellos es un misterio. También para ellos había frutos más agradables a la vista que los que Dios les ofrecía comer. Y también ellos pasaron por una prueba.

Pero ellos tenían una insondable vida interior que los sostenía. Y que dio su fruto: nació Jesús y la santidad se desparramó por el mundo

Hay un paralelismo impresionante entre Adán y Eva, María y José, y el resto de las parejas del mundo que se unen en matrimonio.

Porque también a nosotros Dios nos llama al matrimonio para que seamos felices y demos fruto. Pero no para que nos quedemos en la puerta, mirando desde fuera. El matrimonio está para compartir grandezas. Y para eso tenemos que animarnos a entrar, sabiendo que nos esperan dolores y gozos, pruebas, frutos prohibidos y frutos deliciosos, libertad para elegir entre lo solo agradable a la vista y el plan de Dios,

contradicciones, problemas y misterios, pobreza, pesebres, demonios que nos tientan... y Ángeles que nos cantan el Gloria.

Quedarse fuera no vale.

... lo que Dios tiene preparado para los que se aman

Tenemos dos modelos de vida matrimonial: Adán y Eva y María y José. Podemos elegir ser los primeros, y tentarnos con lo más fácil, y dejar que el pecado rompa nuestra armonía, y permitir que nuestro entorno se perjudique con nuestros egoísmos, y no aceptar pesebres porque no son agradables a la vista.

O podemos elegir ser María y José y mirar más profundo... "Y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue. Y apareció de pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor" (Lc 2,7. 13-14)

Podemos aceptar e incluso amar esos pesebres que a veces nos toca vivir, y que son ásperos y feos a la vista, pero que nosotros convertimos en cuna donde descansa Jesús y en lugar donde cantan los Ángeles.

Adán y Eva desconfiaron y María y José confiaron. Confianza es la palabra clave. No se trata de resignación. La resignación es negativa, la confianza, positiva. María y José no se resignaron nunca, siempre confiaron. Sin entender el misterio, confiaron. Creyeron. No preguntaron. No quisieron saber más que Dios. Obedecieron. Contemplaron. Guardaron en su corazón. Callaron. Percibieron que no todo fruto agradable a la vista hace feliz. Se ofrecieron mutuamente los frutos que Dios tenía preparados para ellos, y descubrieron que eran deliciosos. Descubrieron las maravillas que Dios tiene preparadas para los que se aman.

Y compartieron sus grandezas. Pasaron por momentos de prueba y de dolor, pero nunca dudaron. Entregaron a Dios lo que Él les pedía y Dios, a cambio, los introdujo en un jardín de frutos deliciosos. Y en ese jardín nació Jesús.

Jesús es la mayor grandeza que un matrimonio puede compartir.

TERCER DOMINGO. San José, Patrón de los seminarios

La vocación es el pensamiento providente del Creador sobre cada criatura, es su idea-proyecto, como un sueño que está en el corazón de Dios, porque ama vivamente la criatura. (Nuevas vocaciones para una Nueva Europa. Documento Pontificio).

Tercer dolor y gozo

Su dolor: "Ocho días después llegó el tiempo de circuncidar al Niño.

Su gozo: y se le puso el nombre de Jesús" (Lc 2, 21,24).

Lecturas recomendadas

- Nuevas vocaciones para una nueva Europa (Documento Pontificio).

Se necesitan personas para...

"... Poner paz en tanta guerra Calor donde hay tanto frío Ser de todos lo que es mío Plantar un cielo en la tierra ¡Qué misión de escalofrío la que Dios nos confió! ¡Quién lo hiciera y fuera yo!"

(Laudes, Solemnidad de la Epifanía)

José, primer formador de la historia

Jesús es el único y verdadero sacerdote, su seminario fue su casa y su formador José. Y la persona que estuvo siempre a su lado, María.

Por eso José es el patrón de los seminarios, porque bajo su cuidado y protección se formó el primer y sumo sacerdote de la Nueva Alianza, al que deben dirigir su mirada todos los sacerdotes y seminaristas del mundo.

A veces nos imaginamos a José como un hombre anciano, contemplativo y casto, con la mirada baja, un santo de estampa de colores. No nos damos cuenta de que la ancianidad de José se refiere a su sabiduría y prudencia, y no a la edad, que su vida contemplativa no lo distrae de sus obligaciones y realidades cotidianas, y que su castidad es consecuencia de la lucha propia de un hombre joven y lleno de vida.

Y esa sería básicamente la descripción de un buen formador de seminaristas: sabio y prudente, contemplativo pero amante de las realidades del mundo, casto pero sin afectación, fuerte y alegre en la lucha y feliz de su vocación.

En José podemos imaginar todas estas cualidades, y más. Es un hombre de una gran personalidad y carisma, que sabe lo que quiere y lo que hace: la voluntad de Dios. Un hombre que, si hubiera querido, hubiera arrastrado multitudes detrás de él. Pero que lo único que hace es arrastrar a su familia detrás de Dios.

Él es un hombre que forma en la libertad. Que guía pero sin avasallar. Que permite que su hijo adolescente se pierda en Jerusalén porque sabe darle alas, pero que después de tres días lo hace volver a casa. Un hombre que sabe acompañar, pero retirarse en esos momentos en los que Jesús debe decidir por sí mismo. Sabe dejar crecer a su hijo y lo ayuda a madurar con afecto pero sin apegos.

Es un hombre que puede llegar a tener una gran influencia, humanamente hablando, sobre su hijo, ya que su prestigio y porte humano llaman a la imitación. Jesús se somete a su autoridad, le pide consejo, le escucha, le ama y le respeta.

José tiene "poder" sobre Jesús. Sin embargo sabe hacerse a un lado y convertir ese poder en instrumento de Dios para orientar a su hijo en la misión a la que fue llamado.

José es un hombre inteligente y humilde, que sabe que, como padre de Jesús, se convierte en el referente humano de su vocación.

Y eso es una responsabilidad.

Entonces dije: Aquí estoy

Un formador tiene como misión acompañar a los seminaristas en el discernimiento de su vocación, en la búsqueda de la voluntad de Dios. La mayoría de las veces se trata de gente joven, casi adolescente, que necesita ser encauzada en ese impulso natural, propio de la edad, de entregarse del todo a quien ama o a Quien ama.

Decía San Josemaría Escrivá de Balaguer que en las almas hay que entrar de rodillas. Con mucho respeto. Ayudando a las personas a interpretar "los signos de los tiempos", las manifestaciones de Dios en su oración, las percepciones de su corazón, pero sin avasallar.

Jesús probablemente, como ser humano, tuvo que pasar por momentos de discernimiento, de descubrimiento de su misión. Hay un pasaje de la carta de Pablo a los hebreos que refleja esos momentos como un ir descubriendo la voluntad del Padre, como una reflexión previa a la vocación, como un querer entender los signos de Dios en su vida:

"Entrando en el mundo dijo a su Padre: No has querido ni sacrificio ni oblación, sino que me has formado un cuerpo; no te has complacido en los holocaustos ni en los sacrificios por el pecado que te ofrecían los hombres; entonces dije "Aquí estoy" (Heb 10,5-7).

...Antigua Alianza... Nueva Alianza... sacrificios... holocaustos... pecado del hombre... el cordero de Dios... me diste un cuerpo... ¿para qué me lo diste?... aquí estoy... para hacer tu voluntad...

Me imagino a José acompañando a Jesús en esa reflexión, en esa búsqueda de su vocación. Me lo imagino entregado a la suya, con pasión. Me lo imagino contagiando a Jesús la alegría de vivir lleno de amor a Dios. No hay nada más atractivo que el

testimonio apasionado de la propia vocación. No hay mejor formador de seminaristas que aquel que manifiesta con su vida que está enamorado de su ministerio sacerdotal.

"Nodo es más lógico y coherente en una vocación que engendrar otras vocaciones, lo que os convierte, (a los formadores) con todo derecho, en 'padres' y 'madres'. Quisiéramos recordaros que sólo un testimonio coral hace eficaz la animación vocacional, y que la crisis vocacional va unida, ante todo, a la falta de responsabilidad de algún testimonio que hace débil el mensaje" (Documento Pontificio Nuevas Vocaciones para una Nueva Europa).

No me imagino débil el mensaje de José. Silencioso quizás, pero de una gran atracción. Su "aquí estoy" es contagioso, tiene fuerza. No hay dudas. Y si las hay, las entrega al Señor y su vida irradia fe. No hay desaliento y, si lo hay, se apoya en el Padre del Cielo, y en María, y transmite paz.

José sabe decir con su vida que servir a Dios es hermoso y hace feliz. Y su alegría es real, no es impostada, surge de esa grandeza de su vida interior, compartida con María y con Jesús

La mies es mucha pero los obreros son pocos

Estas son palabras de Jesús. La mies es mucha, hay mucho trabajo, y hay que pedir al Señor que envíe operarios a su mies.

Pero... ¿qué hace falta para ser operario de esa mies, para ser sacerdote? Lo primero es ser elegido por Dios, ser llamado por la Iglesia, ser ayudado a discernir esa llamada. Pero sobre todo, lo que se necesita para ser sacerdote, es un corazón generoso.

Y, según dicen, hoy día faltan las vocaciones, porque los jóvenes son egoístas, no se saben entregar, buscan sólo los bienes materiales, y no se sienten atraídos por Dios.

Pero si analizamos bien la historia, esto ha pasado siempre. Pensemos, por ejemplo, en el joven rico, imagen del hombre que se niega a seguir a Jesús, atrapado por "la sociedad de consumo", y en otros personajes del tiempo de Jesucristo que no saben descubrir la alegría del seguimiento y de la vida de apóstol.

Nuestros jóvenes son como todos los jóvenes de todos los tiempos. Y no es cierto que no sean generosos. No es cierto que nos falten vocaciones. Lo que puede ser es que fallemos nosotros, los formadores, los padres. Nuestros jóvenes están ávidos de formación, son solidarios, aman la justicia, son rebeldes, tienen personalidad, buscan a Dios... y estarían dispuestos a entregarse, si nosotros les contagiáramos ese ideal de

amor a Dios que nos guardamos para nosotros solos. Ellos no son los egoístas, los egoístas somos nosotros, que no queremos entregar a Dios.

A Dios rezando, y con el mazo dando. Necesitamos sacerdotes. La mies es mucha... Pero nosotros... ¿sabemos formar y acompañar como José? ¿Sabemos ofrecer al Niño y ofrecer a nuestros niños como él? ¿Vivimos la cultura de la vocación?

Cultura de la vocación significa que el tema debe llenar nuestro corazón, nuestra cabeza y nuestras conversaciones. ¡Qué importante es saber ayudar a descubrir en las personas la llamada, estar atentos a las inquietudes de los jóvenes, no dejarlos ir con respuestas vacías, saber ver en sus miradas ese deseo de entrega, "inventar" modos nuevos de acercarlos a Dios!... Debemos ser generosos, estar disponibles. Pensar, cuando algún joven se nos acerca... ¿y a este? ¿Lo llamará Dios?... Pedir luces en la oración. Dar testimonio. Estar alegres, entusiasmados.

Y rezar, porque las vocaciones vienen de Dios. Nosotros podemos tener el carisma y la personalidad de San José, pero si no entendemos que las vocaciones son de Dios terminaremos haciendo un partido político y poniéndonos a nosotros de líder.

Tercer dolor y gozo Con José Dios sabe que puede contar

Un sueño en el corazón de Dios

Dios, al imponer el nombre, descubre a la persona su vocación. Ocurrió con Abraham, con Israel, con Pedro... y con Jesús. El nombre de Jesús significa "Dios salva". Y José, encargado de ponerle el nombre a su Hijo, de algún modo hace las veces del Padre y se hace cargo de transmitir y apoyar el proyecto de Dios en la vida de su hijo.

Podíamos tomar esta imagen de José, poniéndole el nombre a Jesús, y compararla con todos los padres del mundo cuando eligen el nombre para su hijo y lo llevan a bautizar. Al elegir el nombre, de algún modo estamos reconociendo que nuestros hijos son individuos, personas diferentes a sus padres que tendrán una misión en la vida. Para los creyentes, la misión de una persona, su vocación, viene de Dios. Por eso el bautismo va unido a la imposición del nombre. Dios, en algún momento, llamará a ese hijo suyo por su nombre. Ya no es una criatura más, es un hijo de Dios, y no es un hijo más, es un hijo "con nombre", al que Dios algún día se acercará y le mostrará el sueño que tiene en su corazón para él.

Dios, en su delicadeza, quiere contar con la colaboración e intervención de los padres en su proyecto de salvación. Dios no arrebató los hijos a nadie sino que los pide, haciendo partícipes a los padres de la llamada de sus hijos, entregándolos a ellos para que los eduquen y los formen humana y cristianamente. Dios hace tan partícipes a los

padres de la vocación de sus hijos que a veces incluso corre el riesgo de que los padres se opongan u obstaculicen la llamada.

Pero Dios se arriesga, porque si hay algo que Él respeta por encima de todo, es nuestra libertad. Hay veces que hablamos de las tiranías de Dios cuando Él, creador del universo y dueño de todo lo creado, tiene el respeto de contar con nuestras decisiones libres y tiene la delicadeza de no tocar a un hijo sin el consentimiento de sus padres. Respeto y delicadeza que no es habitualmente correspondido por nosotros, los padres.

Dios sabe que con José sí puede contar. Que con José puede compartir su sueño. Que ese padre, en particular, tiene clara su misión: la de circuncidar al Niño y sostenerlo en su misión. El Niño es Dios, pero como ser humano tiene que formarse, adquirir hábitos, aprender a trabajar, ejercitarse en las virtudes. Y José sabe lo que hace. José es amable, pero exigente, ya que Jesús debe estar bien preparado, en lo humano, para la tarea que Dios Padre le encomendará. Jesús tiene que responder a la voluntad del Padre, y, en lo que respecta a su formación humana, recibe de José todo lo que necesita.

En el momento de la circuncisión José le está poniendo a Jesús el nombre que Dios eligió para Él. Ya, en ese mismo momento, al contemplar la sangre derramada, sabe que la misión de Jesús va a ser dolorosa, que salvar al mundo de los pecados va ser duro. Que no se trata de cualquier misión.

No sabemos cómo fue la escena porque ningún evangelista la describe con detalle, pero imaginar los gestos nos puede ayudar a la devoción y a llevar a nuestra oración este momento.

Por ejemplo, hay un cuadro en la capilla universitaria de Sevilla donde se ve a María sosteniendo a Jesús y a José realizando la circuncisión. José no realiza este rito porque sí. Sabe que tiene un sentido. Está renovando, en su hijo, la alianza de la humanidad con Dios y está recordando que, a través del dolor, nos purificamos del pecado original. Y, lo más importante, está dando el sí a Dios por su Hijo. Hasta que Él pueda manifestarlo solo, José se va a encargar de ser fiel a ese sí. Cuántas veces, el sí de los hijos se sostiene en el sí de los padres. José nos enseña a custodiar esa vocación de hijos de Dios que nace el día del bautismo de nuestros hijos, y a estar preparados para acoger el proyecto divino en sus vidas.

La escena que nos relata Anna Katharina Emmerich también es muy bella. Ella vio a un sacerdote circuncidando a Jesús, en medio de una ceremonia. Algunas personas rezaban alrededor. María, que había entregado a su Hijo, estaba un poco alejada de la escena. Pero José, inclinado sobre el sacerdote, sostiene con firmeza a Jesús. Aquí es

José el que sostiene y María la que entrega. También observa cómo los sacerdotes, al principio se niegan a poner ese nombre a Jesús. Pero ante la firmeza de José e inspirado por un ángel, el sacerdote accede.

¡También se habían negado a poner a Juan el Bautista el nombre de Juan, y también Isabel y Zacarías tuvieron que ponerse firmes! Es increíble cómo algunas veces deben luchar los padres para apoyar a sus hijos en su vocación. Hay ocasiones en las que hasta dentro de la propia Iglesia, o entre nuestros familiares y amigos más cercanos se dan incomprensiones, rechazos, oposición. Cuántas veces son motivo de escándalo esos padres que entregan a su hijo -¡tan joven!- o a su hija, -¡tan linda!- a una vida consagrada, incomprensible para muchos.

Pero José y María sostienen a su Hijo con firmeza.

De un modo u otro la enseñanza es la misma. Tanto en la Nueva Alianza, con el bautismo, como en la Antigua, con la circuncisión, que es su figura, para sostener la fe de los hijos, para ayudarlos a descubrir su vocación, para formarlos en una respuesta generosa a Dios, hacen falta el padre y la madre, para entregar y para sostener. Y en ambos se apoya Dios

Cuando unos padres de familia bautizan a sus hijos, les dan una buena formación, les transmiten valores, los acercan a Dios, los educan en cristiano... ¿de qué se tienen que extrañar cuando Dios llama a un hijo? ¿De qué se tienen que asombrar? ¿Qué pueden discutirle a Dios?

El dolor de la separación

Aunque la circuncisión ya existía en algunas civilizaciones antiguas, el primer pueblo que le da un sentido religioso es el pueblo judío. En el Antiguo

Testamento Abraham y su familia fueron los primeros circuncidados, a partir de que Dios se apareciera a Abraham y le indicara las condiciones de su alianza con el pueblo judío.

Abraham, obediente a Dios, se circuncidó, e impuso la práctica a su primogénito Ismael, a todos los hombres y niños de su casa, y a Isaac, a los ocho días de su nacimiento. En ese momento ya Abraham está entregando a su hijo a Dios. La entrega posterior, el sacrificio de Isaac, es sólo consecuencia de la actitud obediente de Abraham en el momento de la circuncisión. A partir de ese rito Isaac ya es de Dios, y Abraham lo va a guiar para que viva según el Espíritu, según la alianza con Dios, hasta que sea adulto y pueda tomar decisiones por sí mismo. Como hizo José. Como hace cualquier padre con su hijo. Ese era el espíritu del pueblo de Dios y ese debe ser el espíritu de los cristianos al ir a bautizar a nuestros hijos hoy.

Y ese fue el espíritu de José, al circuncidar a Jesús a los ocho días.

Pero... ¿no dudará José en este momento? ¿Sabrá lo que hace? ¿Sabremos muchos padres cristianos lo que significa acercar a nuestros hijos al bautismo, lo que significa poner un nombre, respetar, sostener y encauzar una vocación?

José sabe que Jesús es Hijo de Dios, sabe que no tiene pecado. Él sabe que Jesús viene a quitar los pecados del mundo. Que con Él comienza una nueva alianza con Dios. Él mismo le acaba de poner el nombre: Jesús, que significa Dios salva. José podría llegar a dudar. El redentor del mundo, el salvador... ¿también deberá someterse a la Ley? ¿Será necesario...?

¿Será imprescindible este dolor? ¡Si ya con la cruz es suficiente! Si después de Cristo con el agua del bautismo basta... ¿por qué herir a Dios? ¿Por qué el sacrificio? ¿Por qué lastimarlo? ¿Qué sentido tiene el sufrimiento, ese despegar y cortar la carne, esa separación dolorosa que a veces tenemos que sufrir cuando los hijos se van?

En ese retablo de la de la universidad de Sevilla se muestra el momento en el que San José entrega el Niño a la Virgen para que lo sostenga durante la ceremonia. Al fondo, a la izquierda, aparece el sacerdote con un cuchillo, y junto a él un acólito con un plato. Según la versión que los jesuitas daban a este tema, sería el propio San José quien realizaría la circuncisión, mientras que la Virgen sostenía al Niño.

Una imagen vale más que mil palabras. Definitivamente ellos no le van a evitar a Jesús ningún dolor humano, porque saben que es Dios, y que su misión es encarnarse, con todo lo que ello supone. Y menos van a juzgar qué dolores son o no son necesarios en su vida.

Es posible que José, en su humanidad, en su cariño por su hijo, dudara. Como dice Santo Tomás de Aquino, cuando llega la verdad cesa la figura. Jesús es el cumplimiento de la alianza de Dios con los hombres. Ya no es necesaria la circuncisión. Ya ningún sacrificio humano va a tener mérito delante de Dios porque Jesús viene al mundo a derramar su sangre por nosotros.

No es necesario que circunciden a Jesús, ya que Él viene a ser el verdadero y único sacrificio. No es necesario el dolor para Jesús, porque Él no ha pecado. Sin embargo Él lo asume. Para dar testimonio. Para identificarse con su pueblo. Para someterse a la ley. Para no perder la autoridad delante de los judíos. Para que a nosotros no nos asuste el sacrificio. Para explicarnos que así se quita el pecado del mundo. Para recordarnos que el dolor purifica. Para decirnos que felices los que sufren. Para recordarnos a los padres que, si Dios la pide, es necesaria la entrega de un hijo.

Que no nos duela la vocación de nuestros hijos. Que no sintamos miedo de esa entrega que realizamos el día de su bautismo. Pidámosle a San José que nos haga ver cómo, junto al dolor que él experimentó al ver la sangre de Jesús el día de su circuncisión, y escuchar su llanto, sintió también el gozo de saber que a través de su Hijo la santidad y la salvación inundaría el mundo.

CUARTO DOMINGO. San José, Patrón de la Iglesia

Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor" (Encíclica Deus caritas est. Benedicto XVI).

Cuarto dolor y gozo

Su dolor: ...Y a ti, una espada te atravesará el corazón.

Su gozo:... Porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos.

Lecturas recomendadas para la semana

- Encíclica Ecclesia de Eucharistía (Juan Pablo II).
- Momentos eucarísticos(J. M. Casanovas. Ed. Desclée De Brouwer).
- Instantes eucarísticos (J. M. Casanovas. Ed. Desclée De Brouwer).
- Encuentros eucarísticos (J.M. Casanovas. Ed. Desclée De Brouwer).

Que hable el Amor

"Al verse engañado por los magos Herodes se enfureció, y mandó matar, en Belén y sus alrededores, a todos los niños menores de dos años, de acuerdo con la fecha que los magos le habían indicado" (Mt 2, 16).

Una Iglesia perseguida

Juan Pablo II, al hablar de los mártires de los primeros tiempos, dice que ellos experimentaron de cerca el odio, y, al mismo tiempo, la fuerza que proviene de la cercana e invisible presencia de Dios en sus vidas.

El drama de la persecución lo sufrieron José y María en su propia carne. Y ellos son modelo para nosotros de fortaleza y defensa de la fe, porque ellos protegen a Jesús de la muerte, y se defienden, con valentía, del enemigo. Ellos son figura de esa Iglesia, que, por encima de todo, defiende esa Verdad por la que Jesús dio su vida, y da testimonio de amor y de unidad. Ellos nos enseñan a sostener y defender nuestra fe, a proteger del peligro a ese Jesús que vive en nosotros, a conservar la gracia, y a no ceder ante los caprichos de Herodes.

Porque sería más fácil llegar a un acuerdo con él. Podemos pedirle que no mate a los niños, que nosotros, a cambio, le entregamos a Jesús, y lo coronamos a él como rey en nuestra vida, si eso es lo que quiere, con tal de salvar esas vidas inocentes.

Ceder ante el enemigo lo hace cualquiera. Pero a lo largo de los siglos la Iglesia ha demostrado que, a pesar de sus errores y pecados, los cristianos no somos cualquiera.

La Iglesia nació en medio de la persecución, y, por ese motivo, se fortaleció. De un modo o de otro, tarde o temprano, cada cristiano es llamado a ser mártir, es decir, testigo de su Iglesia. Y ese será el momento en el que, o nos fortalecemos con la cercana e invisible presencia de Dios en nuestras vidas, o pactaremos con Herodes.

José no pactó. Advertido por el ángel, huyó de prisa para salvar la vida de su familia, de esa Iglesia que aún se estaba gestando.

¿Cómo soportaría José, el hombre justo por naturaleza, semejante injusticia? ¿Y el corazón amable y sensible de María? ¿Cómo podría soportar el llanto, los gritos, la tristeza ajena, la injusticia? Su alma y la de María se romperían. Pero no podían hacer nada. Tenían que salvar lo suyo.

Da para pensar. Es injusto que por causa de uno mueran tantos. Pero también es injusto que, por el pecado de todos, muera Uno: el más inocente de todos. La justicia de Dios a veces no entiende de justicias humanas.

José estaba solo. Sintiendo muy de cerca la protección de Dios y de su ángel custodio, pero humanamente solo. Ese Niño al que ayer adoraban los pastores y los magos, el mismo al que todos querían besar, y acariciar, y sostener en sus brazos, ahora está en peligro de muerte. En el momento de la prueba están solos, y tienen que huir.

Me recuerda a esos momentos de la Iglesia donde la persecución aparece de pronto, por cualquier "capricho de un rey", por cualquier malentendido de los medios, y el Papa, firme en su fe y en lo que tiene que proteger, pide que lo acompañemos con nuestro apoyo y oraciones. Y cuántas veces lo dejamos solo, solo como estaba José, intentando a toda costa conservar intacto el tesoro que Dios le había encomendado.

José tuvo que huir, con su familia, como un prófugo de la justicia. El viaje fue largo, su medio de transporte un burro, y ocasionalmente un barco por el Nilo. La mayor parte del camino la harían a pie, con frío o calor, lluvias o bajo un sol agobiante. Pero ellos aceptan la persecución como una bienaventuranza por la salvación de los hombres.

Esos niños que mata Herodes son los santos inocentes. Los primeros santos inocentes que derraman su sangre por Cristo. La primicia de futuros mártires y santos de la Iglesia.

¿Era necesaria esa matanza? ¡La justicia divina sabrá...!

Pero aquí hay dos inocentes más: María y Jesús. Ellos son los verdaderos inocentes. Jesús, que es el Dios Redentor, y María, que fue redimida, por una gracia especial, en el momento de su concepción.

María y Jesús son los verdaderos inocentes, las verdaderas víctimas. El cordero sin mancha. Y ellos sufrieron las consecuencias del pecado original en su convivencia con los hombres. Ellos, siendo inocentes, tuvieron que vivir en un mundo contaminado por el pecado. Sufrieron la envidia y la maldad de Herodes, el crimen, la injusticia, el llanto, el abuso de poder...

Una Iglesia una, santa, católica, apostólica... que ama

Ellos son la Iglesia sin mancha, que sobrevive gracias a la protección de José. Que sobrevive, como cordero en medio de lobos. Ellos son la Iglesia, inmaculada, habitando entre nosotros, los pecadores.

Ellos son el signo de que la Iglesia es santa, sin mancha, aunque nos contiene a nosotros, los pecadores, necesitados de redención.

Ellos son el signo de que la Iglesia es católica, apostólica. De que ellos, aun en medio de la persecución, quieren llegar a todas partes y quieren abrir sus brazos a todas las personas, sin miedo. Que se instalan en medio de la gente, aun en lugares desconocidos, llevando a Jesús, llevando la presencia divina por donde quiera que van. Que ellos, con su sola presencia, y sus pocas palabras -¡ni siquiera conocían el idioma de Egipto!- son los primeros apóstoles... En ellos encontramos ese modelo de apóstol silencioso, pero que, por donde pasa, va dejando una huella de Dios. Ese apóstol que, aún en países extranjeros, se hace entender, pues el lenguaje del amor lo hablamos todos los seres humanos. El lenguaje del buen trato, de los favores, del servicio a los demás, de la sonrisa amable... Ese idioma que debe hablar la Iglesia para que, como dice Benedicto XVI en su primera encíclica, demuestre que el amor es posible.

Ellos son los primeros apóstoles que no se preocupan por el "qué tenemos que decir", porque dejan hablar al Amor.

Ellos son la Iglesia de la comunión de los santos, donde hay quien da su vida por los demás, quien repara por las culpas ajenas, y hay quien recibe las gracias ganadas por otros. La Iglesia que ama sin tasa y no pide cuentas a nadie. La Iglesia una, unida en la caridad, como era una la Sagrada Familia, unida en el amor que se tenían entre sí, y como son una en el amor las tres Personas de la Santísima Trinidad.

Ellos son la Iglesia una que deberíamos ser nosotros, para ser creíbles. Podremos hablar mucho, enseñar, predicar, pero si no estamos unidos en el amor: ¿quien nos va a creer? "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17,21).

¿No es una llamada a vivir la unidad en el amor, para dar testimonio, para que "el mundo crea", para que nos tomen en serio?

Una Iglesia misionera

Jesús, José y María son la Iglesia que peregrina hacia Egipto para hacer caer los falsos ídolos a su paso. Ellos son la Iglesia misionera, que va por el mundo sin saber si la van a recibir o la van a perseguir, si la van a acoger o la van a matar. Egipto recibió a la Sagrada Familia. Isaías lo profetiza: "Bendita sea tu gente, Egipto". Egipto es la imagen del pueblo pagano que espera el mensaje de salvación, la llegada de Jesús. Y es el pueblo que acoge a la Sagrada Familia cuando es perseguida por Herodes.

Nosotros somos Egipto, que esperamos la llegada de la Sagrada Familia a nuestra vida, y la llamamos, y queremos acogerla, y le pedimos que, al paso de ellos por nuestra existencia, vayan cayendo, de uno en uno, esos ídolos en los que tenemos puesto nuestro corazón.

Ellos son la Iglesia sufriente, la Iglesia en el exilio. Los que tienen que sufrir en su propia carne las consecuencias del pecado del hombre:

"Maldito sea el suelo por tu causa. Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida. Él te producirá cardos y espinas y comerás la hierba del campo... -¡Parece escrito para ellos!-. Ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste sacado" (Génesis 4, 17-19).

¡Escrito para ellos! Ellos tienen que vivir, sin culpa alguna, y hasta sus últimas consecuencias, el deterioro de una humanidad caída. Eso sí que es injusto. No es fácil ser "como al principio" en un mundo donde ese principio ya no existe, en un mundo

donde, el paraíso del principio, el lugar donde debería, en justicia, vivir María -la sin pecado original-, está cerrado.

El mundo ya no es el Paraíso que María merece. Y eso, José lo intuye, y le duele. El mundo ahora es duro. Ellos, al llegar a Egipto, van a conocer qué es vivir en un lugar donde, por ser extranjeros, por no conocer la lengua ni tener amigos ni familia, les va a costar ganarse el pan. Van a vivir las dificultades, la pobreza, la fatiga, los prejuicios, la soledad...

Pero están juntos, en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad. Ellos son la primera familia misionera que deja su casa y su tierra para llevar a otros el mensaje de Dios.

José tiene que padecer mucho. No sólo las dificultades del exilio, sino también el dolor de ver sufrir a las personas que más ama. Esa fue su cruz. Saber quién era María, saber quién era Jesús, y verlos vivir a ellos, santos e inocentes, como ovejas en medio de lobos.

Y lo acepta. Acepta sin aspavientos la pobreza y la injusticia, el exilio y las incomodidades. Y se deja llevar. No se mueve de Egipto hasta que el ángel le dice que ya puede volver. Y ahí es cuando, conociendo la maldad de Arquelao, el rey, juzga mejor ir a Galilea, e instalarse allí, en Nazaret, y no volver a Belén.

Y comenzar de nuevo. Otra vez el viaje de vuelta, con sus dificultades e inquietudes, su hambre y sus noches mal dormidas, y su frío y su calor, y su celo por cuidar de María y de Jesús.

Y de vuelta abrir el taller, conseguir encargos, instalarse de nuevo en un lugar, armar de nuevo su hogar... Siempre, con una sonrisa para la Virgen. Siempre, con una caricia para el Niño. Siempre, con su corazón enamorado y firme, y protector.

Ellos son la Iglesia que camina, que trabaja, que habita entre los hombres; que comparten con todas sus alegrías y sus tristezas, sus inquietudes y sus esperanzas.

Ellos son esas personas disponibles siempre a la voluntad de Dios, esas personas que han elegido el celibato apostólico para tener la libertad de ir y venir a donde Dios los mande; esas personas que han renunciado a su tierra, que han cruzado los océanos y que han quemado las naves en servicio de la Iglesia y de los hombres.

Ellos son esas personas que saben que cuentan con la protección de San José cuando sienten en su corazón ese tironeo de los placeres de una vida más cómoda y más frívola.

Cuarto dolor y gozo. Lo visible y lo invisible

"Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo muera en paz. Porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos. Luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo, Israel"

(Lc 2, 30-32)

Los que "no están"

Esta escena está llena de imágenes evocadoras del misterio de la Iglesia.

La Sagrada Familia es la Iglesia, que nace para Jesús, vive para Jesús, entrega a Jesús y presenta a Dios cada día en el Templo el sacrificio de Jesús. Y José, cabeza de esa familia, no puede dejar de ser más que patrón, padre de la Iglesia, junto a María, su esposa, que es la madre.

La familia de Nazaret es el primer sacramento, es la primera realidad visible portadora de la realidad invisible, pero operante, de la salvación.

Simeón, que sabe mirar con ojos de fe, reconoce en la Sagrada Familia, en lo visible, esa realidad salvífica de la que es portadora. Reconoce en Jesús a la salvación que Dios preparó delante de todos los pueblos, luz para iluminar a las naciones paganas y gloria para el pueblo de Dios.

Simeón, detrás de lo visible, reconoce la misión salvadora a la que está llamada la Iglesia. Reconoce a la Iglesia en la Sagrada Familia.

Mis ojos han visto la salvación, nos dice. Él, un hombre que espera la llegada del Mesías, un hombre del Antiguo Testamento, una persona que "no sabe", y a la cual no le ha llegado aún el mensaje del Evangelio y la revelación de Jesús como Hijo de Dios.

En él están todos esos que "no están". Todas esas personas que buscan la salvación, que esperan la manifestación de Dios en sus vidas, que están ansiosos por recibir el mensaje de Cristo y acoger el misterio de la Iglesia en su corazón. Esas personas a las que nadie habló todavía y que no se van a morir tranquilas hasta no ver al Mesías. Aquellos cuyos ojos están ávidos por ver la salvación, esa salvación que a nosotros se nos ha manifestado desde el principio de nuestra vida, que a nosotros se nos ha dado gratuitamente, y que aún así tantas veces nos cuesta ver detrás de su realidad visible.

¡Cómo nos cuesta percibir lo invisible! ¡Cómo separamos en la Iglesia ambas realidades! Creo en Dios pero no en la Iglesia, el sacerdote es un ser humano como yo, quién es el Papa para decir tal cosa...

Simeón, que no sabe tanto como nosotros, sabe ver en un niño, en un ser humano, en una familia más humilde que la de él, la realidad de salvación que Dios había preparado para el hombre desde toda su eternidad.

Porque Simeón sabe contemplar, mirar profundo.

En cambio nosotros, que somos los que estamos, que sí hemos visto la salvación, no llegamos a ver más que realidades humanas, personas imperfectas que a veces se equivocan, pan de trigo y vino de uva, agua y óleos, y nos quedamos en los signos, y no terminamos de percibir esa riqueza invisible, esa santidad de la Iglesia que se esconde, porque es un Misterio, detrás de su fundamento humano. Esa riqueza de la Eucaristía, de Dios en el mundo, de la cual el Papa Juan Pablo II nos escribió, deseando suscitar en nosotros el asombro más profundo. Y pidiéndonos que no nos acostumbráramos nunca al misterio eucarístico, al misterio de Dios con nosotros.

Preguntémonos: ¿Se acostumbrarían María y José a tener en su casa, a su lado, al Dios hecho hombre? ¿Nos acostumbramos nosotros a tener a nuestro lado, a nuestro alcance al Dios hecho Pan? ¿Nos hemos acostumbrado tanto que ya no nos asombra?

La noche en que fue entregado

La Sagrada Familia, como la Iglesia, nace para Jesús, nace para la Eucaristía, y tiene la misión de dar a Jesús al mundo, de entregarlo "como sacrificio y alimento" de la humanidad. José, como padre de Jesús, es custodio de la Eucaristía, y yo no me puedo imaginar un Sagrario donde San José, de algún modo, no esté presente.

Y así como el Niño, en el Pesebre, es el centro de atención de todas las miradas, de todas las atenciones, del canto de los ángeles, así la Eucaristía debe ser el centro de nuestra vida y de la vida de toda la Iglesia.

En esta escena que acabamos de contemplar María y José entregan el Niño a Simeón, y, en él, a todos aquellos que no lo conocen pero que se pasan la vida buscándolo.

La Iglesia, a través de su evangelización, entrega y presenta a Jesús a todas las gentes, para que llegue a todos la salvación.

María y José, desde el día de su nacimiento, viven para entregar a Jesús.

Cuando hablamos de que Jesús instituyó la Eucaristía "la noche en que fue entregado", podemos volver la vista atrás y recordar aquella otra noche en la que también fue entregado, esa noche de Navidad en la que fue entregado por Dios a los hombres, y esa noche en la que fue entregado por María y José al mundo. De algún modo, la Navidad figura la institución de la Eucaristía, y por algo en Nochebuena decimos que nació el Emmanuel, el Dios con nosotros, el que se va a quedar entre

nosotros hasta el último día, siempre vivo, siempre el mismo, desde la primera noche en que fue entregado hasta aquella otra noche en que volvió a ser entregado, ahora para ir a la Cruz, y que, resucitado, vuelve para convertirse de nuevo en el Dios con nosotros.

La Sagrada Familia vive para Jesús y vive de Jesús. Como la Iglesia. Como deberíamos vivir nosotros. Y Jesús ilumina sus vidas, como ilumina también la vida de la Iglesia, y como ilumina la nuestra. Ellos viven contemplando a Jesús. Ese es su programa de vida, y son modelo de plan de vida para todos los hombres. Contemplar a Jesús en la Eucaristía nos lleva a reflexionar sobre el inmenso amor que Dios nos tiene. Nos lleva a devolver ese amor en un servicio a los demás más comprometido, en una entrega de nuestro corazón más importante.

La Eucaristía es el don por excelencia y el centro de la vida de la Iglesia, como era Jesús el centro de la vida de sus padres. Ellos, sin olvidar al niño, tienen siempre presente al Niño. Ellos no se olvidan que se trata de Dios. Y lo saben tratar con esa esmerada atención que Juan Pablo II pedía en el trato con Jesús en la liturgia.

Pensemos en el cuidado, el respeto, el cariño, la atención y el esmero que pondrían María y José en el trato con su Hijo. José, sin perder la sencillez del trato normal de un padre con su hijo, tampoco perdería de vista la divinidad y dignidad de Jesús. Sin extravagancias, y dentro de la naturalidad familiar, trataría a Jesús con amorosa veneración.

Vemos a José, de pie siempre, en el pesebre, con un gesto de profundo respeto. José respeta su presencia. Lo cuida como a un hijo y lo alaba como a un Dios.

A José nos podemos encomendar para que nos enseñe a vivir para la Eucaristía, a ser verdaderos adoradores del Santísimo, sin salirnos de lo natural y cotidiano de cada día.

Que San José nos enseñe también a tratar a todos con esmero. A ver detrás de cada niño un Niño, de cada persona el rostro de Cristo. Que esa delicadeza de trato, esa amabilidad, ese respeto por su dignidad que ellos tenían al tratar a Jesús lo tengamos nosotros también al tratar a nuestros hijos, a nuestra familia, a nuestros amigos, a nuestros compañeros de trabajo, a los miembros de nuestra comunidad parroquial, a todas esas personas que nos rodean y esperan de nosotros ese apostolado silencioso del amor.

La purificación de María

Y no podemos terminar sin hacer referencia al episodio de la purificación de María. El evangelio habla de que, cuando al Niño se le presenta en el Templo, María también cumple con la ley de la purificación.

Y para eso la Sagrada Familia ofrece un sacrificio, un sacrificio que contiene las riquezas de toda la Iglesia. Ofrecen una pareja de tórtolas y otra de palomas. Como dice Santo Tomás, la realidad aquí también concuerda con la figura:

"La tórtola, por ser un ave locuaz, significa la predicación y la confesión de la fe; por ser un animal casto, representa la castidad; y por ser un animal solitario, simboliza la contemplación. La paloma, por ser un animal manso y sencillo, representa la mansedumbre y la sencillez. Y es animal gregal, por lo que significa la vida activa. Y por eso, una ofrenda de esta clase simboliza la perfección de Cristo y la de sus miembros. Uno y otro animal, por su hábito de gemir, representan las penas presentes de los santos; pero la tórtola, que vive solitaria, significa las lágrimas de las oraciones; la paloma, en cambio, por ser gregal, simboliza las oraciones públicas de la Iglesia" (Santo Tomás de Aquino: Suma Teológica)

María y José, en esas dos ofrendas, junto a Jesús, presentan a Dios los dones de la Iglesia, sus riquezas y sus primicias: la castidad, la locuacidad, las lágrimas, la confesión de la fe, la predicación, la contemplación, el gozo, la oración... Nos presentan a nosotros. Como padre y madre de Jesús lo presentan a Él en el Templo, y como padre y madre de la Iglesia presentan a Dios nuestras ofrendas, purificadas. Ellos son nuestros intercesores delante de Dios, porque nosotros no somos dignos. Ellos acuden al Templo santo a presentar nuestros sacrificios, junto con el sacrificio único y verdadero de Jesucristo, para que así adquieran valor.

María, más que purificarse ella, nos purifica a nosotros, que somos las tórtolas y las palomas.

Contemplando este gesto de María y José podemos recordar el ofertorio de la Misa, en el que el sacerdote, en nombre de toda la Iglesia, ofrece nuestra ofrenda, pobre, junto con el sacrificio redentor de Jesús, que es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

El gesto de María está lleno de humildad. Ella, la toda pura, la concebida sin pecado y sin mancha alguna, acude al Templo, como una mujer más, para su purificación. Ante tal actitud de pureza y sencillez saltan a la vista, como por contraste, todos nuestros pecados, nuestras faltas, nuestras manchas, nuestros defectos, nuestras negaciones a Dios, nuestras soberbias....

Ella, purificándose.

Nosotros, despreciando la confesión frecuente porque "no tenemos pecados".

¡Nosotros sí que necesitamos purificación! Por eso, le pedimos a San José:

"Glorioso San José, para darte signo de nuestro tierno afecto, te ofrecemos hoy nuestro corazón, para que tu lo pongas entre las manos de Jesús, para purificarlo y hacerlo más dispuesto a la divina voluntad, y consagrarlo, como tú consagraste tu vida, al servicio de la Iglesia".

(Oración a san José. Devocionario de la Pía Unión y Tránsito de San José)

QUINTO DOMINGO. San José, Patrón de las familias

Í fue como un hombre sencillo, trabajador, paciente, sufrido, servicial, callado, humilde, obediente e ignorado fue alabado como un hombre justo, fiel, prudente y bueno; como un hombre eficaz, que supo sacar adelante en circunstancias difíciles a la familia que Dios puso a su cuidado, protegiéndola de los peligros o librándola de ellos". (Texto encontrado en la cartera de un padre de familia santo. Utilizado toda su vida como consigna, y escrito por sus hijos como epitafio al morir).

Quinto dolor y gozo

Su dolor: ...Herodes va a buscar al Niño para matarlo... "José se levantó, tomó de noche al Niño y a su madre, y huyó a Egipto" (Mt 2, 13-14).

Su gozo: la presencia constante de Jesús y María en su vida.

Lecturas recomendadas para la semana

- Encíclica Familiaris consorcio. (Juan Pablo II).
- Homilias de Benedicto XVI en el V EMF.
- José, esposo de María, de Federico Suárez.

Sostiene y abraza

"Lo familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos, cuando los acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre.

(Discurso de Benedicto XVI en la vigilia del V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia)

Entre risas y llantos, y cosas que pasan deprisa

De ese compartir grandezas entre María y José nace la Sagrada Familia. El calificativo de sagrada no la convierte en una familia extraordinaria o diferente. Ellos son santos pero, como familia, viven los mismos avatares que nosotros. Viven entre José es el cabeza de familia. Él toma las decisiones, se hace cargo del sostenimiento de la familia y asume las responsabilidades propias de un padre y un esposo. Está al servicio de su casa. No solo en cuanto al sostenimiento económico. Porque sostener una familia va mucho más allá de pagar las cuentas y los colegios más caros. José sostiene, porque, además de ser un buen trabajador, está pendiente de las necesidades espirituales, afectivas y morales de su familia, y ellos encuentran en él su refugio.

La Virgen y el Niño saben que pueden contar con su cuidado y afecto.

José sostiene y abraza. Como el esposo del Cantar. "Con su izquierda sostiene mi cabeza y con su derecha me abraza". A Jesús no le faltan las expresiones de amor que cualquier niño necesita para crecer sano y feliz. José lo besa, lo acaricia, le habla con dulzura y le enseña. Le enseña a trabajar, a rezar y a cumplir con la ley. José lo lleva a la Sinagoga y le transmite las tradiciones propias de su pueblo.

Alrededor de sus ritos y tradiciones gira la vida de la Sagrada Familia, como ocurre con todas las familias creyentes de todos los tiempos, que se convierten de ese modo en transmisoras de la fe.

María y José, cada mañana, al levantarse, rezan la Shema Israel. Ellos la rezan primero y luego, Jesús, la repite. Como cualquier familia de Nazaret, al levantarse, hacen profesión de su fe en el verdadero Dios. Era la primera parte de la oración oficial de la mañana. Siempre la misma. Para no olvidarse más. Los hijos la aprendían de boca de sus padres, y la familia se convertía en el lugar idóneo para formarse, para aprender, para conocer y amar a Dios.

El amor a Dios se aprende en casa, en medio de lo cotidiano, entre lo de cada día. Sin rarezas. Sin sentarse a estudiar. En la oración de cada mañana o de cada noche, en el camino de vuelta a casa, en las conversaciones familiares, en los juegos, en medio del trabajo, en los problemas, en las risas y los llantos, en la bendición de la mesa, en la convivencia diaria, tan difícil a veces.

El amor entre padres e hijos y entre los cónyuges entre sí es el camino que nos lleva a entender el amor que Dios nos tiene, y el amor intratrinitario, pues también Dios es familia.

Jesús, como Dios Hijo, sabe amar a Dios Padre. Pero como ser humano tiene que aprender a amar.

Tiene que descubrir el amor humano, aprender a practicar actos de amor, ser amable, agradecido, cariñoso, caritativo...Y también tiene que aprender a amar a Dios con corazón de hombre, y con afectividad de varón.

No aman igual los hombres que las mujeres. Las expresiones, los gestos, la afectividad y los sentimientos son diferentes. La mujer ama como mujer, el varón, como varón. Y José es el que enseña a Jesús a manifestar su afecto, a amar a Dios y a los demás como ser humano y como varón.

El trato de José hacia él, hacia la Virgen, hacia las personas que tratan habitualmente, sus gestos, su modo de rezar y de tratar a Dios, la manera de abrazar, los modos de manifestar su cariño, son los propios de un hombre, y esa es la escuela en la que Jesús aprende a amar a Dios y a las personas con corazón humano, de varón.

Un padre de familia que reza, que tiene devoción a la Virgen, que invita a sus hijos a rezar el Rosario, que trata las cosas de Dios con respeto y delicadeza, es un hombre que está transmitiendo a sus hijos un mensaje muy importante: que rezar es también cosa de hombres, y que la devoción a la Virgen es una de las devociones más varoniles que existen. No en vano José fue el primer devoto de María y él nos enseña el lugar tan serio y tan tierno que tenía su esposa en su corazón.

De ti nacerá un caudillo

La familia de Nazaret reza unida, y ama las Escrituras. Están acostumbrados a recitar los salmos y a meditar la Biblia. ¿Quién va a amar la Palabra de Dios más que ellos? ¿Cómo no van a sentir emoción al meditarla?

Muchos años después, Jesús, ya resucitado, se va a aparecer a los discípulos de Emaús, y les va a explicar las Escrituras. Y ellos experimentarán cómo arde su corazón al escucharlo.

Es posible que José también hiciera arder el corazón de Jesús al explicarle las Escrituras. Puede ser que en Jesús se repitan los gestos, las miradas o las expresiones entusiastas de José al hablar de Dios, que se le hayan quedado grabadas las bellas explicaciones de su padre. Es probable que Jesús recuerde con cariño cómo se emocionaba al escuchar a José. Y más de una vez le habrá pedido:"abba, quédate conmigo, porque anochece".

José ha dejado una huella profunda en Jesús, y a lo largo del evangelio, aún después de su muerte, podemos encontrar a José en mil detalles del ser humano de Jesús.

De José aprende Jesús a cumplir la ley de Dios, porque somos buenos hijos suyos, y a cumplir con las leyes humanas, porque somos buenos ciudadanos. Justamente por

cumplir con la Ley del emperador Augusto nace Jesús en Belén. Porque en ese momento hay una ley humana que manda a los judíos ir a Belén a empadronarse.

Y al cumplir esa ley humana se están cumpliendo también las Escrituras. Dios se mueve entre lo ordinario. Jesús nace en Belén a causa del censo ordenado por el emperador, pero sobre todo, nace en Belén, para que se cumplan las Escrituras:

"... así esto escrito por medio del profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, ni, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel".

¿No será una imprudencia este viaje?

Para que se cumplan la Escrituras María y José tuvieron que cumplir la ley. No se sintieron exentos. Había que acudir al censo. Había que cumplir el decreto del emperador. José, el padre de familia, tiene que inscribir a su esposa, embarazada, en Belén. Y hacia allí se dirigen, porque lo manda la ley. El viaje no es fácil, es pesado. María está en los últimos días de su embarazo. A pie, o subida en un burro, la distancia es importante, y ella debe estar dolorida, agotada, acalamburada. Quizás con temor de que el parto se desencadene. Pero hay que obedecer. Y Jesús tiene que nacer en Belén.

Es un gesto de obediencia de José realizado sin vacilaciones, como el que está habituado a obedecer siempre. Él puede estar de acuerdo con la ley, o puede que no, pero no importa. Emprende el camino. Y ese gesto de obediencia es lo que convierte a Belén, un pueblo pequeño de Judea, en la ciudad más importante del mundo, porque de ella nacerá un caudillo, Jesús.

Jesús nace en Belén gracias a la obediencia de María y de José. Y este hecho es trascendente. Porque no da igual que nazca en Belén que en otra ciudad, no es lo mismo. Tenía que nacer en Belén porque así Dios lo había previsto. Porque así Dios lo quería. Porque Dios quería convertir a Belén, la más insignificante de las ciudades, en cuna del salvador del mundo.

Como hizo con José. Convirtió a un carpintero sencillo de un pueblito de Galilea en el padre del Mesías.

Como hizo con María. Convirtió a una doncella virgen de Nazaret en la madre de Dios.

Como quiere hacer con nosotros. Dios quiere que de nuestra insignificancia nazca un caudillo.

Como quiere hacer con nuestras familias: convertir con Su presencia lo insignificante de cada día en algo grande y sublime, y santo.

Como quiso hacer con Adán y Eva, pero no pudo, porque no se dejaron, porque desobedecieron. Porque no cumplieron la ley. ¿Por qué no comer de ese fruto? ¿No da lo mismo un fruto que otro?

¿No da lo mismo nacer en Belén que nacer en Nazaret?

Eva tuvo una buena excusa: la serpiente la sedujo, y comió. Siempre hay una buena excusa para desobedecer. María también la tenía. Su embarazo puede peligrar. Y no es un embarazo cualquiera: ¡lleva en su seno a Dios! Ella sabe que Belén va a estar lleno de gente, que les va a costar encontrar un lugar para pasar la noche, que el viaje estará lleno de dificultades. Sabe, que, embarazada, para los judíos, es sinónimo de impura, y que nadie la va a querer alojar. No sabe dónde ni cómo nacerá su Hijo. Sin embargo, parten hacia Belén. ¡Qué será de ellos y del Niño que está por nacer! ¿No será una imprudencia este viaje?

Pero no hay excusa que valga, porque el Niño tiene que nacer en Belén. Dios, en su sabiduría infinita, había previsto, desde toda la eternidad, que Jesús naciera allí, para convertir ese pueblito en el lugar más importante del mundo.

No da lo mismo cumplir que no cumplir. No da lo mismo hacer lo que Dios quiere que hacer lo que queremos nosotros. No da igual. No da igual obedecer que no obedecer. Y, cuanto más insignificante sea el mandato, más mérito tiene la obediencia, por humilde y desapercibida,

¿Fueron imprudentes José y María al emprender ese viaje peligroso y agotador?

Pues no. La obediencia justa e inteligente nunca es imprudente. Lo imprudente es la desobediencia... o la obediencia a ciegas, sin pensar, sin hacerla "nuestra". Ellos saben que no es casualidad que el decreto del Emperador se realice justo en el momento del nacimiento de Jesús. Había una profecía: "De ti nacerá un caudillo". Ellos conocen las escrituras. Saben leer entre líneas, descifrar los signos de los tiempos. Y, confiando en el Señor, se ponen en camino hacia Belén.

Tienen que ir, y van. Y José cuida de su esposa. El viaje es duro, pero él la lleva. Porque José, que es un hombre justo, sabe que el Niño tiene que nacer donde Dios quiera, como Dios quiera, y cuando Dios quiera.

Y no teme. José es un hombre sencillo. Lo que hay que hacer, se hace.

Hay unas Escrituras. Hay una profecía que dice que el Mesías nacerá en Belén. Hay una ley. Hay una voluntad de Dios.

Y para José es suficiente.

Ante las dificultades, su corazón está firme.

Quinto dolor y gozo

"Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme" (Salmo 108)

El Ángel del Señor se le apareció en sueños...

En la vida de José hay sufrimiento, dificultades y contrariedades, como ocurre en todas las familias.

Él, que comparte con María su vida interior, sus alegrías y grandezas, también sabe compartir con ella esa espada que le anunció Simeón.

Cada vez que la Sagrada Familia atraviesa un momento de dolor, José sufre más por su familia que por él. Y ellos pasaron por muchas. Conocieron la pobreza, la persecución, el exilio, el cansancio, el trabajo duro en otro país, el hambre y la sed del desierto.

Pero José está firme, porque sabe qué es lo que está protegiendo. En Jesús nos protege a todos. Defiende nuestra salvación. Él está firme, como aquellos querubines que puso Dios en el Paraíso para proteger el Árbol de la Vida.

"Y después de expulsar al hombre puso al oriente del Edén a los querubines y la llama de la espada zigzagueante, para custodiar el acceso al árbol de la vida".

(Génesis 3,24)

Es que Jesús es el árbol de la vida, y José su custodio.

Es que José, que es un ser humano, tiene mucho de ángel. Y perdón por la 'herejía'. Pero siendo que los ángeles también están hechos a imagen de Dios hay algo en ellos que nos convierte en sus semejantes. Y más a José, cuya misión es similar a la de los Ángeles: la custodia

Pero continuemos. El árbol de la vida es la imagen más bella que existe de la salvación del hombre. Esa salvación que custodian los ángeles. Y que custodia José. Esa salvación que Dios quiere que obtengamos a toda costa, aun a cambio de la sangre de su Hijo. Esa salvación que es el centro de nuestra vida, el centro del Paraíso.

Y José, sostenido por los ángeles, la custodia.

Cada vez que José está en dificultades, aparece el ángel del Señor.

Nosotros conocemos algunas de estas intervenciones del ángel en la vida de José, pero quizás no nos hayan llegado todas. Quizás José vivía en presencia de los ángeles, pidiéndoles su auxilio y protección cada día. Y por eso los ángeles acudían cada vez que él los necesitaba.

Sin duda José tendría un trato asiduo con su ángel de la guarda. En aquella época la figura del ángel era algo muy cercano a las personas. No como ahora, que a veces nos parece un cuento de niños, cuando no una figura del horóscopo o de la new age.

Los ángeles están para protegernos, para guiarnos hacia la salvación, y a quién mejor que a ellos podemos encomendar la salvación de nuestra familia.

Los ángeles son una devoción muy seria. Y muy real.

Están presentes en toda la historia de la salvación. Son los colaboradores de Dios. Acompañan a la humanidad, custodiándola. Anuncian la llegada del Mesías, lo acompañan durante toda su vida, lo protegen en su infancia y están con Él en los momentos más significativos de su paso por la tierra. Le sirven después de las tentaciones, le consuelan y le fortalecen en el Huerto de Getsemaní. Y luego le acompañan hacia la Cruz, hacia ese árbol de la vida que habían custodiado los querubines por siglos.

Y ese árbol en el centro del Paraíso que los Ángeles se empeñan en cuidar, está también plantado en el centro de nuestra vida, en el centro de nuestra familia. Ese árbol es Jesús, y no podemos dejar que se seque.

José se levantó, tomó de noche al Niño y a su madre, y huyó a Egipto

A nosotros nos toca, como a José, custodiar a ese Jesús que vive entre nosotros, en nuestra familia. No queremos perderlo, no queremos que lo mate Herodes.

Y los Ángeles de la guarda pueden ser una gran ayuda en esta empresa. Debemos acudir a ellos en los momentos difíciles, pero sobre todo, en esos momentos donde Jesús corre peligro. En esos momentos donde vemos que la fe de nuestros hijos se debilita, que necesitamos una ayuda más importante para estar en gracia, o que nos vemos avasallados por el ambiente que nos aleja de Dios.

José protege la vida de Jesús, pero lo que realmente custodia es nuestra salvación. Él es como un nuevo Abraham, padre de Isaac, pero, sobre todo, padre de una gran descendencia.

La responsabilidad por nuestra familia es algo muy serio y que solos no podemos. Debemos dejarnos guiar, como José, pedir ayuda, aceptar consejos. Acudir a nuestro

ángel de la guarda, llevar los problemas familiares a la dirección espiritual, hablar ahí de nuestros hijos.

La realidad es que necesitamos ayuda, que el ambiente es adverso, que las dificultades son muchas. Hay veces que, aunque sea duro, debemos huir a Egipto y dejar atrás cosas a las cuales estamos apegados, pero que son un peligro para nuestra familia, y para la salud de las almas de nuestros hijos. Quizás se trate de renunciar a algún lugar de veraneo, a alguna diversión que no les ayuda nada en su vida de fe, a amistades que les perjudican o a colegios que no los forman bien.

Tenemos que pedir a José la fortaleza que tuvo él para, sin dudar, dejar la tierra que amaba, dejar su comodidad, su taller, sus artesanías, sus amigos y su casa y emprender esa huida a Egipto, para proteger la vida de su familia, y nuestra salvación.

Y no fue fácil.

De nuevo tuvo que emprender un viaje duro, con Jesús pequeño. De nuevo ese nudo en la garganta. Le duele el dolor de María, le cansa el cansancio de María. Nota detrás de su sonrisa una huella de agotamiento. Quisiera evitarle cualquier sufrimiento. Pero su corazón está firme.

En la firmeza del corazón de José descansa la Sagrada Familia. Y el corazón de José descansa en Dios. No hay otro modo. Una familia sobrevive sólo cuando es sostenida por Dios. Hay veces que cuesta, que buscamos las soluciones fáciles, cómodas. Pero no hay caso. Si dejamos de lado la voluntad de Dios nos hundimos. Cuántas veces habrá oscuridad en nuestra vida, problemas, angustias, y sabemos que, lo único que nos salva, es pedirle a Jesús lo que a él le pidieron los discípulos de Emaús: quédate con nosotros, porque anochece.

Lo que Jesús le pediría a José más de una vez: quédate conmigo, porque oscurece.

José es el modelo de padre de familia que guía y se deja guiar, que sostiene y se deja sostener, que aconseja y se deja aconsejar, que abraza y se deja abrazar.

José es humilde, por eso sus manos son suaves para acariciar, pero también es firme, y por eso sus manos son fuertes para sostener.

Las manos de José son el reflejo de las manos de Dios Padre.

Y en esas manos ponemos hoy a nuestra familia, para que nos cuide, nos guíe, nos abraza, nos sostenga, y nos de la fortaleza necesaria para escapar del peligro y huir a Egipto, cada vez que sea necesario, para nuestra salvación.

SEXTO DOMINGO. San José, Patrón del trabajo

Quien diga que Dios ha muerto, que salga a la luz y vea si el mundo es o no tarea de un Dios que sigue despierto.

Ya no es su sitio el desierto, ni en la montaña se esconde.

Decid, si preguntan dónde, que Dios está, sin mortaja en donde un hombre trabaja y un corazón le responde".

(Misal Romano. Himnos oracionales de la primera hora de la tarde)

Sexto dolor y gozo

Su dolor: El temor a una nueva persecución. Su gozo: El aviso del ángel de que ya no corren peligro: "advertido en sueños, se dirigió a la ciudad de Galilea, donde se estableció en una ciudad llamada Nazaret" (Mt 2,22).

Lecturas recomendadas para la semana

- San José en los poetas españoles. Herrán, Laurentino Ma,
- Enseñanzas de San José para la vida cristiana. Figari, Luis Fernando

"Elogio de la vida sencilla"

Vida serena y sencilla, yo quiero abrazarme a ti, que eres la sola semilla que nos da flores aquí...

(Elogio de la vida sencilla. José María Pemán)

Valdría la pena leer despacio y completo ese poema de José María Pemán antes de comenzar nuestro trabajo de cada día. Para darnos cuenta cómo a veces vivimos para trabajar, trabajamos para conseguir cosas que después nos dan todavía más trabajo, y, que además, no necesitamos tener. Vale la pena leerlo y luego pensar cuántas veces somos esclavos de nuestro trabajo y de nuestra necesidad de consumo, cuántas veces somos nosotros para el trabajo y no el trabajo para nosotros.

Eso, a José no le pasó. En una de sus visiones Anna Katharina Emmerich vio a José trabajando. Es cierto que esas visiones son revelaciones particulares, que no tienen porqué ser ciertas. Sin embargo, esa visión es una bella meditación, que en nada desdice los evangelios, y que nos hace imaginar un San José muy real. Son imágenes que podemos llevar a la oración.

Comienza diciendo que José pertenecía a una familia noble, de Belén, lo cual parece ser cierto. Y que, por su modo de ser sencillo y lleno de bondad, era rechazado y

envidiado por sus hermanos, incluso por sus padres, que esperaban algo más de él. José era muy inteligente, y por eso sabía vivir y disfrutar de la vida. Se hacía sus tiempos para rezar y le gustaban las artesanías. Iba con frecuencia a aprender el oficio de artesano con un carpintero de su pueblo, con el que empezó a trabajar. Y este oficio parecía poco significativo para su familia, que tenía otras ambiciones y planes para él... ¿nos resulta familiar?

José es un hombre trabajador, que se santifica con su trabajo y santifica su trabajo. No vive para trabajar pero vive trabajando. No pierde el tiempo pero se toma sus tiempos. Sabe disfrutar de sus ratos de oración, de sus momentos familiares, de la contemplación de la naturaleza, sin descuidar su trabajo. Sabe trabajar sin descuidar su vida interior. El trabajo para él no es únicamente un instrumento para ganar dinero, honores o poder. Es un modo de realizarse personalmente que, además, le sirve para sostener materialmente a su familia.

A José le gusta su trabajo, pero también vive de él. Tiene que ganarse el pan, y habrá veces que la entrega de un encargo se lleve horas de su sueño. A veces hará lo que le gusta, otras veces, lo que no le gusta. José se cansa, como nos cansamos todos. Pero no vive para trabajar. Vive para Dios y su familia, y trabaja para Dios y su familia.

No es un hombre ambicioso. Trabaja lo suficiente como para dar a su familia una vida digna. No es una familia pobre, pero hay momentos en los que tienen que vivir en la pobreza, y lo asumen con paz.

Pasaron por momentos buenos y por momentos malos. Dios no eximió a la Sagrada Familia de la necesidad de trabajar y ganar el pan con el sudor de su frente, aunque Jesús, de haberlo querido, hubiera convertido las piedras en pan.

Ya hemos visto como María, que merece vivir en el Paraíso, vive en el mundo, participando de las dificultades de todo ser humano. Limpia, hila, cose, cocina y trabaja como cualquier otra mujer. Y Jesús también trabaja. Comienza ayudando a sus padres en las faenas del hogar y, según va creciendo, aprende el oficio de José. Y sostiene con su trabajo a María, cuando José muere.

El trabajo es una dimensión humana. No es un castigo de Dios, ni siquiera una consecuencia del pecado original. El trabajo en sí nació con el hombre. Nada más crearlo, Dios pensó para el hombre la actividad que podría hacerlo sentir más satisfecho consigo mismo, que podría hacerlo más feliz, y pensó en el trabajo. Una realidad en la que nos involucramos con el cuerpo y con el alma, en la que podemos desarrollar todas nuestras potencias: la inteligencia, la voluntad, la imaginación, los sentidos externos e internos, nuestra creatividad..., en resumen, podemos poner en nuestro trabajo todo nuestro ser.

Por eso, para que fuera feliz, " Señor Dios tomó al hombre, y lo puso en el jardín del edén, para que lo cultivara y lo cuidara". El trabajo en el Génesis aparece como un don. Un regalo de Dios al hombre

El hombre es creado para trabajar. Para realizarse como persona cooperando con la obra creadora de Dios. El hombre está hecho por Dios para disfrutar del trabajo, como cuando un niño juega con pasión.

Al principio. Adán y Eva disfrutaban trabajando. En el Paraíso no existe el cansancio, ni la envidia, ni la injusticia, ni la ambición, ni ningún tipo de pecado. El hombre es "las manos de Dios" en la tierra. El hombre trabaja feliz y sereno, uniéndose a la obra creadora de Dios, y en armonía con lo creado.

Sin embargo, con el pecado original, entra el mal en el mundo, y entra el pecado en el trabajo del hombre.

La vida no lo merece:

que esa ambición desmedida

es planta que no florece

en los huertos de la vida...

(Elogio de la vida sencilla. José María Pemán)

Es precisamente en el ámbito del trabajo donde se presenta el primer conflicto de la humanidad, la primera manifestación de odio y resentimiento entre hermanos, que termina en un crimen. El primer crimen.

"Más tarde dio a luz a Abel, el hermano de Caín. Abel fue pastor de ovejas, y Caín agricultor. Al cabo de un tiempo Caín presentó como ofrenda al Señor algunos frutos del suelo, mientras que Abel le ofreció las primicias y lo mejor de su rebaño. El Señor miró con agrado a Abel y su ofrenda, pero no miró a Caín ni su ofrenda. Caín se mostró muy resentido y agachó la cabeza. El Señor le dijo: ¿Por qué estás resentido y tienes la cabeza baja? Si obras bien, podrás mantenerla erguida, si obras mal, el pecado está agazapado a la puerta y te acecha, pero tu debes dominarlo" (Gen 4,2-7).

Este pasaje de la Biblia nos enseña que del trabajo mal hecho, del trabajo realizado sin amor a Dios ni a los demás, sólo pueden surgir conflictos y problemas, y eso lo vivimos todos los días. Caín mata a Abel por envidia, porque Abel trabaja mejor, y está mejor conceptualizado. Abel trabaja bien por amor a Dios, quiere ofrecerle lo mejor, sin embargo Caín, como se cree el ladrón que todos son de su condición, piensa que

lo que quiere Abel es hacerle sombra, dejarlo mal. Y Caín está resentido. Quiere ocupar el lugar de Abel. Pero no trabajando bien. A Caín no le importa el trabajo, le importa el poder. Está lleno de odio. A Caín no le interesa ni Dios, ni su hermano, ni su trabajo, ni sus cultivos. Sólo piensa en sí mismo. Abel, en cambio, trabaja por amor, le interesa su rebaño, y lo cuida.

Envidias, competencias, celos, trabajo mal hecho, injusticia, falta de amor a Dios, falta de caridad con el prójimo, egoísmos, resentimientos, malicia...

"Caín dijo a su hermano Abel: vamos afuera. Y cuando estuvieron en el campo, se abalanzó contra su hermano y lo mató" (Gen 4, 8).

Trabajar mal puede traer consecuencias gravísimas, puede llegar, y llega, a poner al hombre contra el hombre, al hermano contra su hermano, y a alejarlo de Dios.

Y trabajar bien nos lleva hacia la santidad.

No es necesario poseer una gran empresa para vivir la justicia social. No es un problema de grandes capitales o ideologías económicas y políticas. La Doctrina Social de la Iglesia está escrita para todos. En un lugar pequeño, como el taller de José, se puede luchar por vivir la justicia en el mundo.

En una oficina, en un aula, en una cocina, en un consultorio, conduciendo un taxi, vendiendo libros o fabricando sillas... En cualquier lugar podemos hacer el bien trabajando, o hacer el mal trabajando. En cualquiera de esos lugares tenemos ocasión de dar lo mejor o de dar lo peor de nosotros mismos.

Así enseñó José a trabajar a Jesús: dando lo mejor. De Jesús se decía que todo lo hacía bien. De José, que era un hombre justo. No necesitamos más para saber como trabajaban.

...y al nacer cada mañana

tan sólo le pido a Dios

casa limpia en que albergar,

pan tierno para comer,

un libro para leer

y un Cristo para rezar.

(Elogio de la vida sencilla. José María Pemán)

Eso tenía José cada mañana. José y Jesús comenzaban juntos el trabajo cada día -¿Por qué no lo hacemos nosotros?-. Se levantarían, rezarían sus oraciones, comerían el pan tierno recién hecho por María, y, sin muchas palabras, se pondrían a trabajar.

No me imagino a José pendiente de Jesús. Me lo imagino pendiente de su trabajo. Y dedicándole a su hijo, de vez en cuando, una palabra, una mirada, una sonrisa... sin dejar la sierra ni el martillo. Como queremos trabajar nosotros, pero nos cuesta tanto aprender. Estamos tan pendientes del trabajo que nos olvidamos de compartirlo con Jesús. Y por eso nos cansa, y se nos hace tan pesado.

José trabajaba y rezaba. En algún momento le pediría a Jesús algún favor. Al rato, le haría un comentario, le mostraría como le estaba quedando un mueble o le diría ¡estoy cansado!

¿Por qué no lo haremos nosotros? Con sencillez... Señor... ¡Estoy cansado! ¿Qué mejor oración que esa? Señor... ¡lleva conmigo la carga! Señor... ¡un empujoncito más, y termino!

Cuando José se cansaba Jesús le ofrecía una silla y un vaso de agua. Jesús es fuente de agua viva. Y nos pide que acudamos a Él cuando estemos agotados, o afligidos, o preocupados, porque Él puede llevar nuestra carga y aligerarla. Y darnos de beber cuando estamos sedientos en medio de la lucha de cada día. Como hacía con José. Un ratito de oración, una jaculatoria o una visita al Santísimo cortan la jornada y nos fortalecen para seguir adelante.

Es probable que Jesús y José, a media tarde, se sentaran unos minutos a descansar y a conversar. Como un padre y un hijo. A comentar la jornada. Como nosotros, cuando al caer de la tarde, hacemos nuestra pausa y nuestra oración. Es una oración serena. José dejaría hablar a Jesús y se llenaría de gozo y de ternura con sus palabras, y las guardaría en su corazón, para luego, en los ratos de silencio, meditarlas. Quizás María se uniera a ellos en estos momentos de descanso, si se lo pedían, para después seguir su quehacer.

Así trabaja José. Con sencillez. Jesús y María, presentes. El trabajo, bien terminado. La pausa, corta. El corazón, puesto en la labor, porque hay que ofrecerla a Dios. Los encargos, a tiempo. El precio, justo. La generosidad con el pobre. El taller, limpio. Las herramientas de trabajo, cuidadas. Y eso un día, y otro, y otro...

No hay testimonio más valioso de amor a Dios y santidad que una vida como la suya.

Sexto dolor y gozo Vivir pobre para morir rico

Viví como un peregrino,

que, olvidando los dolores,
pasó cogiendo las flores
de los lados del camino;

(Elogio de la vida sencilla. José María Pemán)

A José lo traen y lo llevan de un lado para otro, y él se deja llevar y traer. Cuando, después de un gran esfuerzo, ya está instalado en Egipto, de nuevo se le aparece el ángel y le dice que vuelva a su tierra. Y él no discute, toma sus cosas, su hijo y su mujer, y parte. Quizás había obtenido en Egipto una buena posición. Era un hombre trabajador, inteligente, de buen trato. Probablemente el negocio iría bien y tendría su clientela. Pero él se sabe despegar. Él sabe que el trabajo no puede impedir que se cumpla la voluntad de Dios. Él sabe que el trabajo no es motivo para descuidar la propia vocación, el camino que debemos recorrer en nuestra vida.

No se trata de ser carpintero, ni siquiera de ser un brillante carpintero. Se trata de hacerse santo siendo carpintero.

Y a nosotros nos enseña que el trabajo nunca es excusa para abandonar las cosas de Dios, el plan de vida, el apostolado, los actos de caridad, la vida de familia, el trato con los amigos.

Hay que trabajar, si, pero sin que el trabajo nos aleje de Dios.

El trabajo no es un fin en si mismo, es un medio. Por eso José cierra su negocio y emprende la vuelta hacia Galilea, porque Dios se lo pide.

Porque preserva, por encima de todo, ese tesoro de la vocación que Dios le ha dado: ser custodio de Jesús y de María y vivir para ellos.

He resuelto no correr
tras un bien que no me calma
llevo un tesoro en el alma
que no lo quiero perder.

(Elogio de la vida sencilla. José María Pemán)

Ese tesoro en el alma es su vocación de hombre normal, de padre de familia, de trabajador, de guardián de la salvación de esposo de María y de padre de Jesús.

Y así, comienzan esa serie de años, no sabemos cuántos, de trabajo, en Nazaret. Hasta su vida pública Jesús trabaja en el taller de José. Jesús pasa la mayoría de sus años junto a su padre. Trabajando juntos.

Ser contemplativos en medio del mundo... santificar el trabajo... Son palabras que nos resuenan en los oídos. ¡Tantas veces las habremos escuchado! Y aún así... ¡qué difícil nos resulta vivir la unidad de vida! Después de años de lucha, todavía nos cuesta convertir el trabajo en oración. Todavía nos cuesta ofrecer un trabajo bien terminado. Todavía somos de los que rezamos bien y trabajamos mal.

Es que no es fácil descubrir a Dios en el trabajo. Y trabajar sin Dios es ganar dinero para perder un tesoro. Trabajar sin Dios es vivir pobres para morir ricos. O al revés, según de que riquezas estemos hablando.

En nuestro quehacer diario es donde realmente Dios se une a nuestra vida. Porque cuando lo buscamos en los libros, o en el templo, o en los rezos, tenemos que "salir de nuestra vida" a buscarlo. En cambio, cuando lo buscamos en nuestro trabajo, es Dios el que entra en nuestro interior y nos acompaña por todas partes, y nos convierte en una especie de Rey Midas, que transforma en oro todo lo que toca.

El trabajo es ocasión para crecer humana y espiritualmente. En nuestro trabajo aprendemos mucho de los demás, podemos practicar virtudes y desterrar defectos, damos un testimonio, demostramos nuestro afecto y cuidado por los demás, podemos ser serviciales, generosos, justos, amables, idealistas, creativos, pacientes, mansos, artistas, laboriosos..., completamente humanos, y, desde lo humano, transitar hacia lo divino.

El trabajo es ocasión de entregar, a los que trabajan con nosotros, a ese Jesús que siempre nos acompaña.

El trabajo es una dimensión esencialmente humana. Una doble dimensión: a través del trabajo podemos dar a Dios... y dar a Dios.

Dar a Dios nuestro trabajo, y dar a Dios en nuestro trabajo.

Eres uno con Dios, porque le amas,

¡Tu pequeñez qué importa y tu miseria!;

eres uno con Dios, porque le amas.

Amado Nervo (El estanque de los lotos)

Dios quiere estar en el trabajo del hombre. La comunión con Dios se da en el fruto de nuestro trabajo. Dios une su trabajo al del hombre en la creación, dándole el dominio sobre las cosas y pidiéndole que continúe su obra creadora.

El hombre, a través de su trabajo bien hecho, entra en comunión con Dios, con los demás hombres y con el resto de la creación. Y el signo visible de esta comunión es la Eucaristía.

La Eucaristía une lo divino y lo humano. En la Eucaristía se hace presente Jesús, Dios y hombre. En la Eucaristía se unen el trabajo de Dios y el trabajo del hombre. La Eucaristía nos devuelve a la armonía primera, perdida con el pecado original.

La Eucaristía de cada día nos recuerda que no hay ofrenda a Dios sin trabajo, y que Dios ha elegido el fruto del trabajo del hombre para "descansar" en él y para ser alabado en él.

Sin trabajo no hay Eucaristía. La Eucaristía la hace Dios y la hace el hombre. Es la artesanía que hacen juntos. Dios y el hombre se unen en el trabajo, como se unen Jesús y José en el taller, realizando unidos su obra de arte.

Al recibir a Jesús cada día en la Misa, tenemos ocasión de poner en sus manos nuestro trabajo, nuestros esfuerzos, cansancios, éxitos y fracasos, nuestras ambiciones nobles y nuestros planes, nuestro corazón y nuestra vida. Ya no importa si el trabajo es importante o sencillo, intelectual o manual, elogiado o escondido. Aquí no importa ya nuestra pequeñez y nuestra miseria. Importa el amor que ponemos al trabajar.

En la Eucaristía nos hacemos uno con Dios, trabajando con Él, porque lo amamos.

SÉPTIMO DOMINGO. San José, Patrón de la buena muerte

“En una noche oscura

Con ansias, en amores inflamada

¡Oh dichosa ventura! Salí sin ser notada

Estando ya mi casa sosegada".

(Noche oscura. San Juan de la Cruz)

Séptimo dolor y gozo

Su dolor: perder al Niño Jesús en Jerusalén. Su gozo: "Al tercer día lo hallaron en el Templo, en medio de los doctores de la ley" (Lc 2,46).

Lecturas recomendadas para la semana:

- Beteta, Pedro. "La vocación de San José y la nuestra, explicadas por Juan PabloII".

Sólo si amamos bien moriremos en paz

"Entrado se ha la esposa

En el ameno huerto deseado

Y a su sabor reposa,

El cuello reclinado

Sobre los dulces brazos del amado".

(Cántico espiritual. San Juan de la Cruz)

Sobre los dulces brazos del amado

La muerte es la entrada del alma en el huerto deseado, es la llamada de Dios al alma en gracia, para acogerla en su seno, para que sea feliz por toda la eternidad junto a Él.

Es una imagen evocadora. Nos hace pensar en el descanso eterno, en el reposo junto al ser amado. Nos hace volver la mirada hacia ese primer día en que Dios nos tomó del barro, nos infundió su aliento de vida, y nos llamó al Amor. A ese día recién salido de las manos de Dios, en el que descubrimos que vinimos al mundo para amar y que sólo amando bien viviríamos felices.

Ahora estamos en el último día y Dios, haciéndonos salir de nuevo del barro nos llama a nacer a la Vida y a nacer al Amor.

Si decidimos amar ese primer día, si fuimos fieles y felices amando bien, responderemos a esa llamada de Dios en nuestro último día.

El amor no se improvisa, se siembra, se cultiva, se practica... Para la persona que vivió amando la muerte no será un sobresalto, nada más abrirá los ojos y buscará al Amado y se reclinará sobre su pecho.

No es que no exista el dolor. A José le duele la despedida, como a todo ser humano. Pero, cuando hemos amado bien, sin apegos ni egoísmos, el dolor de la muerte se hace más suave. Sólo si amamos bien moriremos en paz. Dejando nuestra casa sosegado para partir hacia la casa del Padre. Sabemos que esas personas que quedan atrás estarán allí con nosotros cuando Dios las llame.

Para José no será un desgarró: pasa de vivir con Dios a vivir en Dios.

La muerte no debe ser un cambio radical. También nosotros, si vivimos con Cristo, moriremos en Cristo. Nos dolerán las separaciones humanas, como a José le duele separarse de María y de Jesús, que son toda su vida, pero sabemos que la muerte sólo es una despedida, y que nos veremos en el Cielo.

José es el primero que muere de la Sagrada Familia, y eso para él es una bendición. Va a tener la dicha de ver llegar al Cielo a su esposa y a su Hijo. Él contemplará la resurrección de Jesús, será el primero en entrar, junto a su Hijo, en el Reino de los Cielos. Jesús mismo lo va a presentar ante Dios Padre, del mismo modo que José lo presentó a Él en el templo.

José va a contemplar el grandioso espectáculo de la redención, donde se abrirán las puertas del Cielo y los justos entrarán al descanso eterno. Igual que aquel día en el Pesebre, cuando vio abrirse el cielo y contempló a los ángeles entonando el gloria. Y verá a su Hijo sentarse a la derecha del Padre.

Y tendrá el gozo, junto a Jesús, de contemplar a María el día de su ascensión al Cielo. La verá ir hacia él, rodeada de ángeles, y recordará aquel día en el que él la recibió en su casa, en Nazaret, rodeada de doncellas con lámparas encendidas. José contemplará emocionado como Dios la corona reina de toda la creación.

Hubiera sido injusto que José se perdiera ese espectáculo.

"Allí me mostrarías

Aquello que mi alma pretendía

Y luego me darías

Allí, tu, vida mía

Aquello que me diste el otro día"

(Cántico espiritual. San Juan de la Cruz)

No sabemos cuándo murió José. Ni tampoco sabemos de qué muere. Pero lo podemos imaginar acompañado de María y de Jesús, recibiendo de ellos el amor que supo darles durante toda su vida. Por eso nosotros nos encomendamos a él y le pedimos una muerte como la suya: de la mano de Jesús y de María, consolado por sus palabras y rodeado de su cariño.

Qué importante es saber acompañar a las personas al morir. En ese momento que necesitan tanto afecto de las personas que aman, y que necesitan tanto de Dios. Cómo

hay que saber estar, rezar con ellos, o a su lado, facilitarles la visita de un sacerdote, estar atentos, con delicadeza, a sus necesidades físicas y espirituales. Estar atentos a aliviarles el dolor del cuerpo y del alma.

Con delicadeza pero sin miedo. Es la mayor obra de misericordia que podemos hacer: acompañar a las personas a su encuentro con Dios. A las personas que amamos o a aquellas personas que, por nuestro trabajo, nuestro apostolado, o por casualidad, mueren cerca de nosotros. Son esas personas a las que ayudamos a morir en gracia las primeras que nos van a esperar, en el Cielo, para darnos un abrazo.

No hay que tener miedo a la muerte. La muerte es el paso a la eternidad y la eternidad es el anhelo más profundo del ser humano, es lo que nuestra alma pretende, como expresa San Juan de la Cruz de un modo tan bello: "Allí me mostrarías aquello que mi alma pretendía...".

El hombre está hecho para amar y ser amado para siempre.

Sólo cuando luchamos por estar cerca de Dios, cuando aprendemos a disfrutar de la oración, cuando deseamos su compañía, cuando descubrimos que lo que nuestra alma pretende sólo Dios nos lo puede dar, es cuando entenderemos la muerte, y anhelaremos la Vida.

No hay que desear la muerte, pero si hay que desear la Vida, y desearla ardientemente. La muerte no existe, es un paso, un suspiro y un dulce despertar junto a Dios, si vivimos en gracia.

Y amar y ser amados para siempre.

La muerte es un encuentro. Un encuentro del alma con Dios. Una llamada de Dios. Dios nos atrae. Nos desea con Él. "Levántate amada mía, y ven, hermosa mía"... es el Esposo del Cantar, que llama al alma a despertar en Él... Es Dios, que nos desea... "muéstrame tu rostro, déjame oír tu voz"... es el momento... es el despertar de un sueño... "Levántate, amada mía y ven"...

Hoy se celebran las Bodas. Hoy el esposo te recibe en su casa.

Tómalo: tuyo es y mío no

José, antes de morir, encargó a Jesús que cuidara de María: "Ahí tienes a tu madre". Es la hora de la entrega. La hora de la separación.

Son las mismas palabras que pronunció Jesús en la Cruz, quizás evocando aquellas que oyó en el lecho de muerte de José.

José vivió amando y murió entregando lo que más amaba. Así como con su vida nos muestra que lo que hay que hacer se hace, con su muerte nos enseña que lo que hay que entregar se entrega.

Pero que, eso que entregamos, lo pongamos al cuidado de Jesús.

José sabía que el mayor tesoro de su vida lo ponía en buenas manos: "Jesús, ahí tienes a tu madre..."

Y nosotros...

Ahí tienes a ese hijo que me pides, ahí tienes mi vida si la quieres, ahí tienes ese afecto que me aparta el corazón de Ti, ahí tienes esos planes a los que estoy apegado y que no son los tuyos, ahí tienes mis apostolados, mis afanes, mi juventud, mis deseos, mis anhelos, mis tiempos... Ahí tienes ese proyecto que me separa de ti. Ahí tienes esa pena que me parte el corazón. Y también esa alegría, y esa inquietud...

Ahí tienes a esa persona que debe ser tuya y no mía. Para que la cuides como Jesús cuidó a María. Para que la protejas. Para que la guardes en tu corazón.

Se me viene a la cabeza, de pronto, esa oración que nos enseñaban cuando éramos chiquitos, casi antes de aprender a hablar. Esa oración que decíamos, entre palabras ininteligibles, antes de irnos a dormir... "Jesusito de mi vida..."

Es una oración de niños, un poquito cursi, una oración infantil... ¡hace siglos que no la rezamos!...

Pero hoy, contemplando esta escena de la muerte de José, la recordamos...

Ojalá el día de nuestra muerte podamos repetir, de la mano de María, lo que de la mano de nuestra madre rezábamos cuando éramos niños: "...por eso te quiero tanto que te doy mi corazón, tómallo, tuyo es y mío no".

Tuyo es y mío no.

Eso es entrega. Sólo si entregamos todo podremos morir en paz. Sabiendo que dejamos nuestro corazón en buenas manos

Oración de aceptación de la muerte

Gustosamente moriré, Señor, en el tiempo, en el lugar, y del modo que Tú quieras.

Y hasta entonces aprovecharé todos los días de mi vida para luchar contra mis defectos y crecer en tu amor, para romper todos los lazos que atan mi corazón a las criaturas, para preparar mi alma a comparecer en tu presencia.

Y desde ahora me abandono sin reservas en los brazos de tu paternal Providencia.

Amén

Séptimo dolor y gozo "Salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada"

Perder a Jesús

Jesús se perdió en Jerusalén y a los tres días lo encontraron en el Templo. ¡Qué angustia la de María y José, sin saber dónde está el Niño! Tres días de preocupación, de búsqueda, de no entender qué es lo que pasa. Me los imagino sin poder conciliar el sueño y con ese nudo en el estómago que se nos pone a los padres cuando nuestros hijos corren peligro.

Tres días de sufrimiento, hasta que lo encuentran.

Perder a Jesús siempre provoca dolor. Sufrieron los apóstoles cuando murió, sufrieron José y María cuando se perdió en Jerusalén, y sufrimos nosotros cuando lo perdemos.

Y hay muchas maneras de perderlo...

Y descubrieron que estaban desnudos: el pecado

Cuando Adán y Eva pecaron, lo primero que descubrieron fue que estaban desnudos. Por el pecado perdemos a Jesús, y, si lo perdemos a Él, nos quedamos sin nada.

El pecado es la muerte del alma, y esa muerte sí que provoca dolor. Es un dolor distinto al del cuerpo. Cuando pecamos nos sentimos vacíos, avergonzados, angustiados. Estamos mal. Estamos hechos para vivir en gracia y en Dios y el pecado es algo violento. Nos elegimos a nosotros mismos y no somos felices. Estamos hechos para elegir bienes superiores, estamos hechos, como decía San Juan de la Cruz, para vivir sin vivir en mí.

Para las personas que tenemos fe vivir en pecado es una gran carga. Sabemos que Jesús va a llegar como un ladrón, y eso nos hace vivir en tensión, alertas, midiendo los tiempos, calculando hasta cuando podemos seguir así. Perdemos la paz y, lo que es peor, perdemos la capacidad de amar.

Una vez que nos hemos elegido a nosotros mismos como centro de nuestra vida es muy difícil que podamos amar. Vivir en mí es todo lo contrario a vivir en Dios, a amar.

Todos estudiamos en catequesis que por el pecado mortal perdemos la caridad. Pero experimentarlo es algo muy fuerte. Porque es algo real. Si somos honestos y estamos

acostumbrados a vivir en gracia, podemos darnos cuenta con facilidad que, si estamos en pecado, amamos peor, amamos mal. No nos sale el buen amor. Nos salen gestos de afecto, sentimientos más o menos solidarios, pero el amor, lo que es el amor, lo perdemos. Y si alguna vez hemos amado en Dios vamos a sentir la angustia de descubrir que ya no nos sale.

Nos vamos a sorprender a nosotros mismos con actitudes egoístas. No vamos a ser capaces de dar la vida, de entregar lo que Dios nos pide. Perder el amor nos va a volver irónicos, y tristes, y amargos. Es como una bola de nieve que se va agrandando y que, si no la sabemos parar, cubre de hielo nuestra vida y nuestro corazón.

Sólo a través de la confesión recobramos la paz. Sólo a través del sacramento recuperamos a ese Jesús que hemos perdido.

María y José nos enseñan a buscar a Jesús con tenacidad, hasta encontrarlo. Y nos enseñan a reconocer en nosotros que realmente la causa, de nuestras angustias es la pérdida de Jesús. Y no hay otra causa. María lo reconoce: "Tu padre y yo te buscábamos angustiados".

Ellos no lo perdieron a causa del pecado, como nosotros. Pero sufrieron la angustia y la soledad de su ausencia.

Es que sin Jesús es muy difícil vivir.

No eres frío ni caliente: la tibieza

También la indiferencia nos hace perder la presencia de Jesús en nuestra vida. El dejarnos estar, el abandonar los sacramentos y la oración, el mantenernos al límite, sin pecados mortales pero sin un esfuerzo por amar a Dios.

Perdemos a Jesús cuando nos olvidamos de que existe.

Sumergidos en las ocupaciones cotidianas, corremos el riesgo de creer que en este mundo, en el que sólo estamos de paso, se encuentra el objetivo de la existencia humana. Sin embargo, el Paraíso es la auténtica meta de nuestra peregrinación terrena. ¡Qué diferentes serían nuestras jornadas si estuvieran animadas por esta perspectiva! Es lo que les ha sucedido a los santos. Sus existencias humanas testimonian que, cuando se vive con el corazón constantemente dirigido al cielo, las realidades terrenas se viven en su justo valor, pues son iluminadas por la verdad eterna del amor divino.

(Castelgandolfo, 16 de agosto de 2006 Benedicto XVI)

El corazón constantemente dirigido al Cielo. José no pierde de vista esta realidad. En todos los acontecimientos de su vida vemos una agilidad especial en llevar a cabo la voluntad de Dios. A veces avisado por el ángel, otras, advertido en su interior al hacer la oración. Pero nunca duda: cuando se le manifiesta la voluntad de Dios, la convierte de inmediato en la suya propia. La palabra "inmediatamente" aparece en los pasajes del evangelio relacionados con José varias veces. Al recibir a María en su casa, al huir a Egipto...

Él hace inmediatamente lo que Dios le pide.

Y eso es lo que nos falta a los tibios: el "inmediatamente".

Un "inmediatamente" que es un vuelco del corazón, un esfuerzo con frecuencia sobrehumano, una negación a nosotros mismos a veces muy profunda.

Un "inmediatamente" que es cortar de golpe con lo que tenemos que cortar.

Un "inmediatamente" que es consecuencia de vivir alerta.

Cuando, sumergidos en lo cotidiano, nos olvidamos de Jesús, lo perdemos. No es como el pecado, que lo perdemos de golpe. Es algo más sutil. Lo vamos perdiendo poco a poco, sin darnos cuenta. Vamos dejándonos estar, desoyendo su voz, durmiéndonos en los laureles... Al principio sentimos un poco de remordimiento, oímos a Jesús que nos llama, que nos recuerda que Él está en nuestra vida, que está "junto a la puerta y llama", pero su voz se hace cada vez más tenue hasta que ya no escuchamos nada, hasta que su figura se hace cada vez más difusa en nuestra vida.

Y entonces nos convertimos en el protagonista de la Carta a la Iglesia de Laodicea: "¡Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca!" (Ap 3, 15-16).

Y esas palabras son muy duras.

¡Lo busqué y no lo encontré!: Sequedad

Hay veces que Jesús se pierde porque es bueno para nuestra vida interior, porque quiere que aprendamos a valorar su presencia, porque nos pide que le acompañemos con esa Cruz de su ausencia.

Así fue como María y José lo perdieron. No lo perdieron ni a causa del pecado, ni por falta de cuidados. Ellos no eran tibios, ellos vivían para Él. Sin embargo, en un momento, del modo más inesperado, lo perdieron.

Como le ha pasado a muchos santos, ellos vivieron esos momentos de la "noche oscura del alma", momentos en los que Dios se va y nos deja solos. Y hay que seguir

adelante sin Él, sin sus consuelos, sin su compañía, Como Jesús en la cruz, abandonado del Padre.

José se mantiene sereno cuando Jesús se pierde en Jerusalén. ¡Tres días! Para un padre es una eternidad. Sin embargo, él calla.

Esta vez es la Virgen la que habla, la que pide cuentas a Jesús. José guarda silencio...

Él sabe que Jesús viene y va y que él no tiene derecho a retenerlo. Sabe que al niño puede llevarlo de vuelta a la casa, pero que el Niño es un don que él no merece.

Y no se queja. Contempla y guarda en su corazón. No dice nada. Siempre, esa actitud de entrega silenciosa, de dejarse llevar y traer, de dejarse poner y quitar.

A Jesús, cuando lo tiene, lo cuida. Cuando se le pierde, lo busca. Cuando tarda en aparecer, lo espera en silencio. Cuando lo encuentra, lo acoge.

Y sufre. ¡Cómo no va a sufrir! Aquel que está acostumbrado a la compañía de Jesús sufre enormemente cuando le falta, cuando al rezar Dios se esconde, cuando las comuniones son frías, cuando el entusiasmo se acaba, cuando faltan las ganas, cuando Dios no está, cuando estamos áridos.

Pero Dios quiere que José pase por todo, para que sea ejemplo de todos. Y José también tiene que pasar por la ausencia de Jesús. Y tiene que escuchar a Jesús que le dice "No me busques. Yo estoy para las cosas de mi Padre". Y eso lo desgarran por dentro. Lo tiene y no lo tiene. Lo lleva de nuevo a casa sin saber cuánto tiempo lo tendrá a su lado.

La sequedad del corazón es dolorosa, pero es buena. Si no, Dios no la permitiría. Nos hace serenos. Nos centra más en dar que en recibir. Nos ayuda a amar sin esperar nada a cambio. Nos enseña a ser desinteresados. Nos sosiega.

José es un hombre generoso. Sabe amar sin pensar en sí mismo. Nunca pierde la paz. Es paciente y silencioso. Manso y humilde de corazón. Y así muere, sereno, junto a María y Jesús, poniendo su vida en las manos de Dios, entregando lo que más ama, sin que nadie se entere, sin que nos quede un dato ni una fecha, sin una referencia de ningún evangelista, sin un homenaje, sin una despedida, de la manera más desapercibida...

Así es José.

Se va en silencio, en medio de la noche, para que nadie lo vea...

Su corazón, entregado. Su alma, llena de amor.

Su casa, sosegada...

Así murió José.

El rostro recliné sobre el Amado

Cesó todo y déjeme

Dejando mi cuidado

Entre las azucenas olvidado.

(San Juan de la Cruz. Cánticoespiritual)

FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ

El día del padre

En el transcurso de los años pasados en Nazaret, Jesús colmó el corazón de San José con ternura de amor tal como jamás ningún padre creado la sintió ni sentirá, 'no sólo - como dice el Padre Huguet- para que José lo pudiese amar como Hijo, sino para que pudiese amar a todos los hombres como a sus hijos, pues, del mismo modo que todos somos hijos de María, así lo somos también de San José". (...)

Estas palabras de San Bernardo nos llevan a contemplar a San José como padre, no sólo como padre de Jesús, sino como padre nuestro. Padre nuestro, como María, su esposa, es madre nuestra,

Ya le hemos pedido a San José que nos enseñe a tratar a Jesús. A tratarlo con cariño y veneración, con amor y respeto, con la confianza, familiaridad y amabilidad con que él lo supo tratar. Y hoy, festividad de San José, y por él, de todos los padres del mundo, le pedimos a Jesús que nos enseñe a tratar a José, y, a través de él, a nuestro propio padre.

Jesús es modelo de hijo. Él colmó el corazón de San José con ternura de amor tal como jamás ningún padre creado la sintió ni sentirá.

En una cultura donde los afectos a veces parecen "cosa de mujeres" San Bernardo nos descubre un Jesús tierno y delicado con su padre, un Jesús cariñoso... ¿podríamos decir mimoso?... Jesús es un hijo lleno de detalles de amor, cuidados y agradecimiento hacia su padre.

Hoy es un día para sentirnos muy hijos de San José. Hoy es el momento de hablar de nosotros. De nuestra relación con San José.

Santa Teresa de Ávila es una de sus más fieles devotas. Y nos anima a experimentar ese trato asiduo y familiar con San José que ella tuvo siempre: "No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo... No he conocido persona que de veras le sea devota que no la vea más aprovechada en virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a Él se encomiendan... Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no le creyere y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción...".

Quizás hemos recibido una formación donde acudir a María, nuestra madre, es algo habitual. Donde hemos aprendido a poner en su corazón de madre nuestras inquietudes, deseos, tristezas y alegrías. Quizás nos ha resultado más sencillo abrir nuestro corazón a nuestra madre, y no a nuestro padre del cielo.

Pero hoy podemos descubrir que José también tiene corazón de padre. Que también podemos acudir a él en nuestros momentos de dolor y de gozo, en nuestros momentos de lucha y de dificultades.

Que es la misma María la que nos pide que, ese asunto que estamos tratando con ella, lo tratemos también con José, su esposo. Que ellos, unidos y llamados por Dios a participar de un modo tan especial en la historia de la salvación del hombre, permanecen unidos en el Cielo para ayudarnos y acercarnos a Dios. Ella es esa madre normal que nos dice "vamos a ver qué dice tu padre de este asunto".

Si María es la madre, José es el padre. Él tiene corazón de abba, de papá. Él también, como hizo con Jesús, nos puede sostener y abrazar, acariciarnos y tratarnos con afecto, enseñarnos a rezar y a trabajar, y a caminar, y a hablar, y a "andar por la vida" como personas honestas y fieles. Él nos puede enseñar a amar en serio, con la profundidad y afectividad de las personas que quieren intensamente. Él nos puede guiar cuando nos enamoramos, porque nadie como él sabe lo que es amar a una mujer.

Él también, como hizo con Jesús, puede buscarnos cuando estamos perdidos, y sufrir en silencio cuando no aparecemos, y callar cuando por fin nos encuentra, y llevarnos a casa de nuevo, junto a María, sin pedirnos explicaciones de nada.

Él es nuestro padre, y hoy celebramos su día. Más que el día de San José, es el día del padre. Dirijamos nuestra oración y nuestro corazón hacia él, con mucho afecto.

Y descubramos en ese trato cariñoso de José y de Jesús una enseñanza muy humana. Porque Jesús es así de cariñoso con José, no sólo para que José lo pudiese amar como

Hijo, sino para que pudiese amar a todos los hombres como a sus hijos,... y para enseñarnos a todos los hijos del mundo a amar con ternura a nuestros padres.

Jesús, al morir José, no sintió el amargor de pensar que podría haber sido con él un poco más amable, un poco más tierno. Y José, al morir, no sintió el dolor de haber guardado sus afectos, de haber sido poco demostrativo o muy "estirado" en el trato con su Hijo. Su casa quedó sosegada, y sus afectos también. Él sabía decir "te quiero", y murió en paz.

Hoy es el día del padre de cada uno de nosotros. Para los que están en el Cielo, una oración y un recuerdo cariñoso. Y para los que aún los tenemos junto a nosotros, además de la oración, algo más "material", más tangible, porque son personas, y no ánimas.

Hoy es el día de pagar la "cuentas pendientes", de sosegar el corazón, de decirle a nuestro padre, -¡y a nuestro hijo!-, cuánto los queremos. Hoy es el día de no guardarnos nada, de abrazar, de besar, de demostrar que "obras son amores, y no buenas razones".

Estamos llenos de buenas razones: Te demuestro que te quiero dándote la vida, cuidándote, dándote lo mejor, trabajando todo el día para ti, para que tengas un buen pasar, una casa cómoda, una buena educación. Te demuestro que te quiero "rompiéndome el lomo" para que seas un hombre de bien... esas son las razones, buenas, buenísimas, pero razones.

Las obras son la caricia, el afecto, la compañía, el abrazo...

¡Y no al revés!

Quiero terminar con unas palabras de Juan Pablo II, que dijo en una de sus homilías, el 19 de marzo del año 2000: "La fiesta de San José nos invita a recordar en particular a los padres, que encuentran en él un gran modelo evangélico. Quiera Dios que todos los padres, como San José, sean hombres justos, dispuestos a cualquier sacrificio por el bien de su familia. Y que el amor de su esposa e hijos los recompensen por sus esfuerzos".

ORACIÓN A SAN JOSÉ

¡Feliz varón, bienaventurado José, a quien le fue concedido no sólo ver y oír al Dios, a quien muchos reyes quisieron ver y no vieron, oír y no oyeron, sino también abrazarlo, besarlo, vestirlo y custodiarlo!

Ruega por nosotros.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA SOBRE SAN JOSÉ

JUAN PABLO II, Encíclica "Redemptoris Custos".

BETETA, Pedro, La vocación de San José y la nuestra, contada por Juan Pablo II. Ediciones Palabra, Madrid, 1991.

CASASNOVAS, J. M., Momentos eucarísticos, Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2000.

CASASNOVAS, J. M., Instantes eucarísticos, Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2002.

CASASNOVAS, J. M., Encuentros eucarísticos, Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2005.

ESCRIVÁ DE BALAGUER, San. Josemaría, Es Cristo que pasa. Ediciones Rialp, Madrid, 2006.

FIGARI, Luís Fernando, Enseñanzas de San José para la vida cristiana. Fondo Editorial, Lima (Perú) 1997.

GASNIER, Michel, Los silencios de San José. Ediciones Palabra, Madrid, 1980.

HERRÁN, Laurentino Ma, San José en los poetas españoles: pensamiento teológico. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001.

MARTELET, Bernard, José de Nazaret. El hombre de confianza. Ediciones Palabra, Madrid, 1981.

MONFORTE, Josemaría, José de Nazaret en el tercer milenio cristiano. Panorama eclesial, bíblico y teológico. Ediciones Internacionales Universitarias, 2001.

PÉREZ Y RODRÍGUEZ, Miguel, El esposo de la Santísima Virgen: ante la exégesis católica. Políglota, Barcelona, 1929

SUÁREZ VERDEGUER, Federico, José, esposo de María. Ediciones Rialp, Madrid, 2006.

VALDIVIESO, José de, Vida y excelencias de San José.

